Entonces Natán dijo a David: *«Ese hombre eres tu»* (2 Sam. 12, ls). Y siguió diciéndole el profeta: Escucha lo que dice el Señor: Yo te ungí por rey sobre Israel y te libre de la mano de Saúl, te hice dueño de la casa de tu enemigo... Tu, en cambio, has despreciado mi ley cometiendo crímenes en mi presencia, has matado a Urías con la espada de los amonitas y robaste su mujer.. Yo haré que no se aparte jamás la espada de tu casa... Tu lo has hecho ocultamente, pero haré esto a vista de todo Israel y a la luz del sol.

Dijo entonces David a Natán: «He pecado contra Yahvé». David se arrepintió, y debió ser este acto de contrición tan perfecto, que oyó de labios de Natán: *«Yahvé, por su parte, ha perdonado tu pecado. No morirás»*, pero tenía que aceptar la expiación -la pena- por su pecado. El vería morir el hijo de su pecado, y el castigo no se apartaría de su casa, presenciando pronto la rebelión de su hijo Absalón.

David reconoció su pecado y compuso el bello salmo de penitencia *«el Miserere»* (Sal. 51). San Agustín dice a este propósito: «Muchos imitan a David en el pecado, pero pocos en la penitencia». Para no pecar evitemos toda ocasión de pecado...

52. Rebelión de Absalón

Pronto se cumplió la sentencia del Señor contra David. Por haber pecado, *«Yo haré surgir el mal contra ti de tu misma casa»*, y, en efecto, su hijo Absalón primeramente afligió mucho a su padre haciendo asesinar a uno de sus propios hermanos (el primogénito (Amnón), que le había ofendido con un gravísimo ultraje en la persona de su hermana Tamar. Más tarde, el mismo Absalón que había estado desterrado de la corte y después de nuevo llamado a Jerusalén), concibió el inicuo proyecto de usurpar la corona, destronando a su anciano padre.

Con este fin fue a Hebrón, y empezó a granjearse las simpatías de los israelitas, tratándolos con cariño y con mentira, dando a todos la razón y lamentándose de que no se administrara justicia.

«Entonces mandó mensajeros por toda las tribus de Israel, diciendo: «Cuando oyereis el sonido de la trompeta, decid:

¡Absalón es rey de Hebrón». De Jerusalén fueron después doscientos hombres, que con él había invitado; mas fueron con sencillez de corazón, sin tener conocimiento de nada» (2 Sam. 15, 10-11).

Una vez rodeado Abasalón de numerosos partidarios, levantó bandera de rebelión en Hebrón y marchó contra Jerusalén al frente de un ejército.

David, sorprendido por esta revolución, cuyos principios no había vigilado bastante, se creyó en la precisión de dejar la ciudad para asegurarse al otro lado del Jordán, donde formó su ejército y oponerse a los rebeldes . Salió, pues, el rey y toda su familia detrás de él. Fue por la pendiente del monte de los Olivos, y subía llorando, cubierta la cabeza y descalzos los pies, en señal de penitencia, y entonces supo que su íntimo consejero Ajitofel se había pasado al partido de Absalón.

Al saber esta noticia, llamó a Cusai, amigo suyo, y le dijo se pasara a Absalón para desbaratar el consejo de Ajitofel.

Cuando ya David había subido el monte de los olivos, apareció un hombre de la parentela y casa de Saúl, profiriendo maldiciones y tirando piedras *«¡Vete, vete hombre sanguinario, le decía, y hombre malvado!».*

Al oír esto Abisai que acompañaba a David, dijo: *«Déjame pasar y le corto la cabeza».. Dejadle, dijo David, que continue maldiciendo, si mi hijo me persigue, ¡con cuanta más razón éste! Dios se lo habrá mandado. ¡Quizá Yahvé mire mi aflicción y me devuelva bienes en vez de las maldiciones de hoy.*

En aquellas circunstancias Ajitofel dio el consejo acertado para apoderarse de David; Cusai, al que llamaron luego, les dio el suyo *«Entonces Absalón y todos los hombres de Israel dijeron: «El consejo de Cusai, arquita, es mejor que el consejo de Ajitofel», porque Yahvé había determinado frustrar el acertado consejo de Ajitofel, pues Yahvé quería traer el mal sobre Absalón»* (2 Sam. 17, 14).

Siendo, pues, más acertado el consejo de Ajitofel, Dios quiso desbaratar los planes de este pérfido consejero y traidor de David, el cual viendo perdida la causa se ahorcó.

Poco antes de entablarse la batalla, David encargó a sus generales que conservaran la vida de su hijo. Mas sucedió que trabado el combate, huyo Absalón desconcertado, y en

su huida al galope de su mulo, al pasar por debajo de una espesa encina, quedó colgado de su hermosa cabellera, que se le enredo en las ramas del árbol. Entonces Joad, desobedeciendo al rey, corrió enfurecido, y traspasó el corazón del hijo rebelde con tres dardos.

Sabedor luego David de esta triste noticia, empezó a llorar y andando exclamaba: *«Hijo mío, Absalón! ¡Hijo mío!... ¡Ojalá hubiera yo muerto en vez de ti!... El ejército de David salió vencedor; pero el corazón de David quedó entonces traspasado de dolor.*

53. El censo del pueblo

«Satanás se alzó contra Israel e instigó a David a hacer el censo de Israel» (1 Cr. 21). David mandó hacerlo a Joab y a los jefes del pueblo para saber el número de sus súbditos. Joad le respondió: «¿Acaso no son, oh rey, señor mío, todos ellos siervos suyos? ¿Por qué, pues, pide esto mi señor y traer pecado sobre Israel?. El rey persistió en la orden y se hizo.

«Esta orden desagradó a Dios, por lo que castigó a Israel. Entonces dijo David a Dios: «He pecado gravemente en hacer esto. Perdona, te ruego, la iniquidad de tu siervo, pues he obrado como un insensato» (1 Cr. 21, 7-9).

Indignado el Señor por esta curiosidad de David, viviendo pacíficamente en posesión de su trono, le envió al profeta Gad, para que la hablase en su nombre, y el profeta le dijo:

«Así habla Yahvé: Tres cosas voy a proponerte; elige una de ellas, y yo la realizaré: Tres años de hambre, o tres meses durante los cuales andes huyendo de tus enemigos..., o tres días de peste... Considera tu lo que debo responder al que me envía.

David respondió a Gad: Me veo en gran aprieto. ¡Pero caiga yo en manos de Yahvé, porque su misericordia es muy grande antes que caer en manos de los hombres»! (1 Cr. 21, 11-13).

David eligió la peste y Dios la mandó sobre Israel. La mortandad fue espantosa; perecieron más de setenta mil hombres, y hubiera sido mayor el número de muertos, si

David, arrepentido, no hubiese aplacado al Señor con oraciones y sacrificios cesando así la mortandad.

David alzó los ojos y vio al ángel destructor de Yahvé entre el cielo y la tierra, teniendo en su mano desnuda la espada vuelta contra Jerusalén. David arrepentido decía: «*Yo soy quien ha pecado y hecho mal, pero estas ovejas ¿qué han hecho?*». Entonces David levantó un altar en la era de Ornam, jebuseo, donde había visto al ángel.

Ante estos sentimientos de arrepentimiento, visto por el Señor, fue por lo que Dios dijo al ángel cuando iba a destruir Jerusalén: «*Basta, retira ya tu mano*». Una vez que alzó allí el altar David y ofreció sacrificios, se mostró Yahvé propicio al país, cesando la peste sobre Israel. (En el lugar de la era de Ornam donde David levantó el altar, que era el monte Moriah, allí construyó después Salomón el templo: (1 Cr. 24, 25).

De lo dicho podemos inferir la malicia del pecado y el valor del arrepentimiento.

54. Últimos años de David

Cuando sintió David acercarse su fin, tuvo dos grandes y nobles preocupaciones: la construcción del templo y la sucesión al trono de Israel (1).

David concibió la idea de construir un magnífico templo para el Señor, y a este fin reunió los más hábiles arquitectos y obreros, gran cantidad de maderas de cedro, hierro, oro y plata en abundancia, y pidió a los circunstantes que también ellos hicieran generosos donativos para tal fin y así lo hicieron... Y fue construido en el monte Moriah, en el lugar en que David había dispuesto, en la era de Ornán, el jebuseo (2 Cr. 3).

David se decía: «*Mi hijo Salomón es todavía joven y de tierna edad, y la casa que ha de edificarse para Yahvé debe ser*

(1) **Nota:** Algunos se darán cuenta que hemos hecho ya varias citas anticipadas de los libros de las Crónicas, y los advertimos porque luego omitimos el hablar de estos libros, ya que muchos de sus hechos pueden verse incluidos en los de Samuel y los Reyes, y por lo mismo tomamos ahora algunos datos más precisos, en lo relativo al templo, de las Crónicas, libros que tienen muchas cosas comunes con los libros dichos.

grande sobre toda ponderación, para renombre y gloria de todos los países. Haré, pues para ella los preparativos (1 Cr. 22, 5).

David le dio los planos del templo a su hijo y le dijo: «*Y tú, Salomón, hijo mío, esfuérzate y ten buen ánimo, y ¡manos a la obra! No temas ni desmayes, porque Yahvé, tu Dios, está contigo*»... y le dejó todo bien explicado y temiendo que hubiera desavenencias después de su muerte, respecto a la sucesión del trono, llamó a Natán, profeta, y a Sadoc, sacerdote, y le hizo consagrar solemnemente, como veremos, viviendo él, con gran alegría de la mayoría de los israelitas.

Entonces David bendijo a Yahvé en presencia de toda la asamblea y oró así:

«¡Bendito seas Tú, Yahvé, Dios de nuestro padre Israel, desde siempre y para siempre! Tuya, oh Yahvé, es la grandeza, el poder, la magnificencia, el esplendor y la majestad; pues tuyo es cuanto hay en el cielo y en la tierra. Tuyo, oh Yahvé, es el reino, pues tu te alzas sobre todas las cosas como dueño! De Ti procede la riqueza y la gloria. Tu lo gobiernas todo, en tus manos están el poder y la fortaleza, y en tu mano el dar grandeza y poder a todos.

Ahora, pues, oh Dios nuestro, te alabamos y celebramos tu Nombre glorioso. Porque ¿quién soy yo y quién es mi pueblo para que podamos hacerte estas ofrendas?... Yahvé, Dios nuestro, todo este cúmulo de cosas que hemos preparado para edificar una Casa a tu santo Nombre, viene de tu mano y es todo tuyo... Tu amas la rectitud; por eso te he ofrecido voluntariamente todo esto con sincero corazón.

Da a mi hijo Salomón un corazón perfecto para que guarde tus mandamientos... a fin de que todo lo ponga por obra y edifique el templo para el cual yo he hecho los preparativos.

Después dijo David a toda la asamblea: «*¡Bendecid a Yahvé, vuestro Dios!*, y toda la asamblea bendijo a Yahvé (1 Cr. 29, 10-20).

David murió en Jerusalén, después de haber reinado cuarenta años. Este gran rey no pasó de la edad de setenta años.

Con aquella vida de continua agitación, había envejecido físicamente, aunque conservando íntegras sus facultades intelectuales y morales hasta el último momento. Compuso salmos en alabanza al Señor. Sus restos mortales fueron depositados en el monte Sión.

LIBROS 1º Y 2º DE LOS REYES

55. Breve resumen de los sucedido al morir David

Primeramente diremos que estos dos libros hablan de la historia de Salomón y de la división de su reino, y también de los reinos de Israel y de Judá hasta su destrucción, destacándose en ellos la intervención de los profetas que hablaban a los reyes en nombre de Dios.

Poco antes de morir David y de proclamar rey a su hijo Salomón, conspiró contra éste su hermano Adonías, diciendo: «Yo reinaré», y logró formar un partido, ayudado por Joab, jefe del ejército y el sumo sacerdote, Abiatar.

Enterado David de este complot, mandó llamar al profeta Natán, al sacerdote Sadoc y a Benayas, capitán de su guarda personal, y le mandó que ungieran y proclamaran rey a Salomón.. Después llamó David a su hijo Salomón y le dio estas instrucciones:

«Yo me voy por el camino de todos los mortales; muéstrate fuerte y sé hombre. Guarda los preceptos de Yahvé, tu Dios, siguiendo sus caminos y cumpliendo sus mandamientos... para que tengas éxito en todo lo que hagas... (A mis conspiradores trátalos según tu sabiduría» (1 Rey. 2, 2-6).

- Y he aquí cómo obró Salomón. Penetrando las perversas intenciones de su hermano **Adonías**, y para evitar nuevos trastornos, le hizo quitar la vida.

- **Joab** supo que se había descubierto también su intención, y se refugió en el Tabernáculo; pero no por eso se libró el asesino de Abner.

- Salomón perdonó la vida del sumo Sacerdote **Abiatar**, en atención a su carácter sagrado; pero le desterró a Anatot, prohibiéndole volver a Jerusalén y ejercer el sumo sacerdocio, en cuya dignidad fue confirmado Sadoc, de la familia de Eleazar.

- Tres años más tarde, por haber sido infiel a una orden dada, Semei, el que maldijo a David, consiguió que sus maldiciones cayeran sobre su cabeza. Y a Benayas,

que quedó como jefe de ejército, le mandó ejecutar la sentencia.

Reinado de Salomón. Después de la muerte de David, su hijo Salomón empezó a reinar, y Dios le amó porque iba por el camino de sus mandamientos. Una noche se le apareció el Señor en sueños en Gabaón, y le dijo: *«Pídeme lo que quieras que Yo te dé».*

«Salomón respondió: Yahvé, Dios mío, Tu has hecho rey a tu siervo en lugar de mi padre David, no siendo yo más que un niño pequeño...», dame un corazón bueno y la sabiduría necesaria para gobernar bien a mi pueblo. Mucho agradó al Señor esta petición, y además de los que le había pedido le dio riquezas y gloria sobre todos los reyes de la tierra.

Salomón tuvo pronto ocasión de manifestar la sabiduría maravillosa con la que Dios le había adornado.

«Vinieron entonces al rey dos mujeres de mala vida, y presentándose ante él, una de ellas le dijo: «¡Oyeme, señor mío! Esta mujer y yo habitábamos en la misma casa y en ella di a luz un niño. Tres días después, también esta mujer dio a luz. En la misma casa permanecíamos juntas y solas sin ninguna persona extraña.

Una noche murió el niño de esta mujer por haberse ella acostado sobre él. Y levantándose ella a media noche, me quitó de mi lado a mi hijo, estando dormida tu sierva, y puso en el mío a su hijo muerto. Cuando yo me levanté por la mañana para dar el pecho a mi hijo, vi que estaba muerto; mas mirándole con atención, a la luz del día vi que no era el mío, el que yo había dado a luz.

Respondió la otra mujer: «¡No, mi hijo es el que esta vivo, y tu hijo muerto!», mas la primera replicaba: «No, sino que tu hijo es el muerto, y el mío el vivo» Y así altercaban ante el rey.

(En vista de lo que decís), dijo el rey: Traedme una espada, y la trajeron ante el rey, el cual dijo: *«Partid el niño vivo en dos, y dad la mitad a la una y la otra mitad a la otra. Entonces la mujer, a la que pertenecía el niño vivo, conmoviéndosele las entrañas por amor a su hijo, dijo: «Señor mío, dadle a ella el niño vivo, pero no lo matéis. Mientras la otra decía: No ha de ser mío ni tuyo, que lo partan».*

Entonces Salomón dijo: «Dad a la primera el niño vivo y no lo matéis; ella es su madre».

Esta sentencia excitó en el pueblo profunda admiración y respecto hacia Salomón, viendo que le asistía la sabiduría de Dios para hacer justicia. Y tan grande era su sabiduría que venían reyes y sabios de todo el mundo a escucharle. Una de estas visitas fue la reina de Saba, una vez construido el templo, y al ver sus sabiduría sus obras quedó llena de admiración de cuanto había visto en él.

Salomón manifestó su sabiduría escribiendo colecciones de sentencias y máximas, algunas de las cuales podemos leer en el libro de los Proverbios.

56. Construcción e inauguración del templo

Entre las grandes obras que realizó Salomón, la que más gloria le dio fue la construcción del templo, para que no escatimó oro ni plata ni las mejores maderas de cedro del Líbano. Empleó en los trabajos pesados más de 150.000 obreros palestinos. Niveló el terreno donde se había levantar, que fue el llamado monte Moriah, donde está hoy construida la mezquita de Omar, al sudeste de Jerusalén.

En siete años se construyó tan grandioso monumento, verdadera maravilla de Oriente. El «Sancta sanctorum» o Santísimo, que medía unos diez metros de largo, fue revestido todo él de planchas de oro purísimo y a este lugar se trasladó entonces el Arca de la Alianza desde el Tabernáculo de Sión, lugar en el que había sido colocada por David.

Las fiestas de la Dedicación del templo, a las que invitó Salomón a todos los jefes de la nación, duraron siete días y en ellos se ofrecieron innumerables sacrificios. Después que fue colocada el Arca en **Santa Sanctorum**, el Señor manifestó su presencia por medio de una nube luminosa. He aquí lo sucedido:

«Y sucedió que al salir los sacerdotes del Santuario, la nube llenó la Casa de Yahvé; y los sacerdotes no pudieron permanecer en él para ejercer su ministerio por causa de la nube, pues la gloria de Yahvé llenaba la Casa. Entonces dijo Salomón: «Yahvé ha dicho que habitaría en la oscuridad. Pues bien, yo he edificado una Casa que sea tu morada, el lugar de habitación para siempre» (1 Rey. 8, 10-13).

Las fiestas de la Dedicación se celebraron con un júbilo extraordinario. Ciento veinte sacerdotes hacían resonar las trompetas sagradas; otros vibraban sus arpas, cítaras y címbalos. Los levitas cantaban salmos y repetían con frecuencia: *«Alabad al Señor, porque es bueno, porque es eterna su misericordia»*.

Salomón se colocó sobre un estrado, ante el altar de Yahvé, en presencia de toda la asamblea de Israel, y pidió a Dios que bendijera a su pueblo y que oyera sus súplicas en aquel templo:

«Cuando pecare alguno contra tu prójimo... Cuando haya hambre en la tierra o peste... Cuando se cierra el cielo y no llueva por haber ellos pecado contra Tí, si oraren mirando hacia este lugar y alabando tu Nombre y se convirtieren de su pecado por haberlos Tu afligido, óyelos y perdona el pecado de tus siervos...» (1 Rey. 8, 22 ss).

Luego se le apareció el Señor a Salomón y le dijo:

«Si vosotros y vuestro hijos os apartáis de Mi, si no guardáis mis mandamientos y os vais a servir a otros dioses... extirparé a Israel de la tierra que os he dado, y esta Casa que he santificado para mi Nombre, la echaré lejos de mi vista y será reducida a ruinas... y cuando digan ¿por qué ha tratado Yahvé así a esta Casa? Porque abandonaron a Yahvé su Dios... (1 Rey. 9, 1-9).

Las palabras del Señor se han visto cumplidas. Cuando Dios los desterró a Babilonia por sus pecados, el templo quedó destruido. Levantado de nuevo por Zorobabel al regresar del destierro... y restaurando por Herodes el Grande, fue de nuevo destruido el año 70 de nuestra era por los ejércitos romanos, conforme a la profecía de Jesucristo: *«No quedara piedra sobre piedra»*.

Hoy, el lugar de aquel templo de Salomón no es más que una gran explanada... y la roca de los holocaustos es la que está cobijada por la mezquita de Omar... La causa de tanta ruina ¡por no cumplir los mandamientos de Dios!

57. Decadencia y triste fin de Salomón

Salomón fue un gran rey, porque hizo de Israel, pequeño país, un poderosos estado, y entre las grandes obras que

realizó, la que más gloria le dio fue la construcción del templo, el que dedicó con gran solemnidad al Señor; más después de haber trabajado mucho para la gloria de Dios y dado muchas pruebas de sabiduría, virtud y santidad, anciano, ya, se dejó alucinar por las mujeres idólatras, las cuales le pervirtieron, induciéndole a erigir templos a los ídolos de los gentiles.

El Señor le avisó y le amenazó más de una vez, pero esclavo de vergonzosas pasiones, persistió en el mal.

«Yahvé dijo a Salomón: «Por cuanto te has portado así, y no has guardado mi alianza y las leyes que yo te había mandado, yo arrancaré el reino de tu mano, y se lo daré a un siervo tuyo» (1 Rey. 11, 11).

Esto le dijo el Señor, mas no lo haré mientras vivas, por honra a David, tu padre, pues por él dejare una tribu a tu hijo, y por Jerusalén a la que he escogido. Dios hacía esta limitación, en su bondad infinita, para mantener la promesa, según la cual, el Mesías debía ser del linaje de David.

Las riquezas y las mujeres paganas corrompieron el corazón de Salomón y provocó el descontento del pueblo, y esto condujo a la división del reino, que quedó dividido en dos: el reino de Judá y el reino de Israel. Diez tribus quedaron bajo el mando de Jeroboán, inspector de las obras de Salomón, y sólo dos: la de Judá y Benjamín permanecieron fieles en tono a Roboán, hijo de Salomón.

El reino de Israel, duró dos siglos y medio y fue regido por 19 reyes, que fueron todos malos desde el punto de vista religiosos. Este reino cayo el año 722 antes de Cristo.

El reino de Judá duró algo más, hasta la cautividad de Babilonia (año 586 a.C) y fue ocupado por 20 reyes todos del linaje de David y progenitores del Mesías. Varios de ellos dejaron mucho de desear, si bien alguno como Asá, Josafat, Ezequías y Josías, fueron verdaderamente fieles a los mandamientos de Dios.

Los reyes de ambos reinos, así como el pueblo, se fueron apartando progresivamente del verdadero Dios para entregarse a la idolatría, y se debilitaron por guerras internas y externas entre ambos.

Dios suscitó profetas en estos reinados, y por hacer «lo malo a los ojos de Dios» y no escuchar las apremiantes ex-

hortaciones que Él les hizo por medio de ellos, les anunció grandes castigos y, con toda claridad, el destierro. Si preguntamos por qué sobrevinieron tantos males al pueblo de Israel, no hallamos otra respuesta que por no cumplir los mandamientos de Dios, y lo mismo nos puede suceder a nosotros, si no observamos la ley de Dios.

58. ¿Cómo se realizó el cisma de Israel?

El cisma o división del reino de Israel en dos, **fue preparada** primeramente por Salomón por su decadencia religiosa y por la carga de impuestos con que tenía abrumado al pueblo.

Después se realizó por la arrogancia y poca inteligencia de su hijo Roboán y haber seguido el consejo imprudente de los jóvenes.

Las tribus de Judá y Benjamín reconocieron inmediatamente a Roboán por rey; pero no así las otras tribus, las acaudilladas por Jeroboán y la razón fue ésta: Al estar primeramente dispuestas a prestar a Roboán el homenaje de fidelidad, le exigieron a éste que los aliviase un poco de la insoportable carga de los impuestos, y así le dijeron:

«Tu padre hizo muy pesado nuestro yugo, aligera tú la dura servidumbre de tu padre y el yugo pesado que nos puso encima, y te serviremos. El les contestó: *«Id y volved a mi dentro de tres días»*. Y se fue el pueblo.

El rey Roboán consultó entonces a los ancianos, diciéndoles: ¿Qué me aconsejáis que responda a este pueblo? Le contestaron: *«Si hoy te haces siervo de este pueblo y condesciendes con ellos, respondiéndoles y en tono amable, serán para siempre siervos tuyos»* (1 Rey. 12, 6-7).

Luego consultó a los jóvenes, que se habían criado con él, y le dijeron: *«Así dirás al pueblo que te ha dicho: Tu padre hizo muy pesado su yugo sobre nosotros, aligéralo tú»*, *le hablarás así: «Mi padre os impuso un yugo pesado, pero yo haré vuestro yugo más pesado todavía; mi padre os castigo con látigos y yo os castigaré con escorpiones»*.

El consejo de los ancianos era prudente y único que debía seguir en aquella circunstancias; pero Roboán, conside-

rándolo injurioso a su majestad y depresivo de su autoridad, siguió el imprudente de los jóvenes... y el resultado fue que una vez que se lo comunicó al pueblo, éste desoyó al rey y le negaron su obediencia, y quedaron divididos así lo dos reinos.

A las tribus de uno y otro reino Dios les habló por medio de los profetas; pero, como veremos, fueron desobedientes a los mandamientos de Dios, y por eso los castigo con el destierro.

REINO DE ISRAEL

59. Jeroboán establece la idolatría

Jeroboán, primer rey de Israel, temiendo que sus súbditos se pasasen para el rey de Judá, si acudían al templo de Jerusalén a ofrecer sus sacrificios, hizo fabricar dos becerros de oro, uno en Dan y otro en Betel para impedírselo.

Jeroboán dijo al pueblo: *«Bastante tiempo habéis subido a Jerusalén. ¡He aquí tu Dios, oh Israel, el que te sacó del país de Egipto!... Esto fue ocasión de pecado para el pueblo, pues iban hasta Dan para adorar...* (1 Rey. 12, 28-30).

Esto hizo que casi todos los israelitas abandonaron la religión y así los indujo a la idolatría, haciendo a su vez sacerdotes a gentes del pueblo que no eran de la tribu de Leví.

Un día en que Jeroboán se disponía a ejercer funciones de rey y sacerdote, sacrificando al ídolo de Betel, se le presentó un hombre de Dios de Judá y alzando la voz exclamó: *«¡Altar, altar! Así dice Yahvé: Nacerá un hijo de la casa de David, que me llamará Josías. Este sacrificará sobre ti a los sacerdotes de los lugares altos, que en tus aras queman incienso, y quemará sobre ti huesos humanos, y ésta es la señal de que*

es Yahvé quien habla; el altar se quebrará y se derramará la ceniza que hay sobre él» (1 Rey. 13).

Al oír el rey Jeroboán tales palabras, extendió su brazo desde el altar diciendo: «Prendedle»; pero en este momento el brazo del rey quedó completamente paralizado y rígido, y se rompió el altar y se derramaron por el suelo sus cenizas.

Consternado el rey, dijo al profeta: «Ruega a Yahvé, tu Dios, y ora por mi, para que vuelva hacia mi la mano». El hombre de Dios se lo pidió al Señor y lo curó». A este beneficio lo que hizo el rey fue invitarle a comer y hacerle algún regalo, mas el profeta le dijo que no le aceptaba la comida porque Dios se lo tenía ordenado, y se fue por otro camino; mas el impío Jeroboán no se convirtió de su escandalosa apostasía.

Cuando este profeta, que curó el brazo de Jeroboán, emprendió su camino a Judá, otro viejo profeta de Betel, que había tenido noticia de sus milagros, salió corriendo para verle, y una vez hallado, le invitó a comer con él, y el Judá le dijo como a Jeroboán, que Dios se lo tenía prohibido. Entonces el profeta de Betel se atrevió a mentirle, diciéndole que él era también profeta y un ángel de Dios le había hablado para fuera a su casa.

El profeta de Judá, aunque tenía revelación en contra, se fió de la simple palabra del de Betel, y mientras estaban en la mesa, Dios quiso valerse del mismo de Betel para reprenderle, y le gritó:

«Así dice Yahvé: Por cuanto has sido rebelde a la orden de Yahvé, tu Dios, y no haber observado el mandato que te había dado, volviéndote para comer el pan y beber el agua en el lugar donde te lo prohibí, no será llevado tu cadáver al sepulcro de tus padres (porque vas a morir en Israel) (1 Rey. 13, 21).

En efecto; el hombre de Dios volvió a tomar su camino, y se fue en el asno que le mandó preparar el de Betel, y encontrando, según iba un león, le mató quedando allí tendido su cadáver. El asno y el león siguieron junto a él, y el león ni devoró el cadáver del profeta ni hizo daño al asno. Al saberlo el de Betel levantó el cadáver y lo llevó a su ciudad donde le sepultó y lloró, y luego encomendó a sus hijos que cuando él muriera lo sepultaran junto al profeta de Judá,

para que se conservaran intactos sus huesos junto a los suyos para que se cumpliera la palabra que de parte de Yahvé gritó él contra el altar de Betel.

Las enseñanzas que podemos sacar de este hecho, es que Dios pudo hablar por medio del profeta mentiroso, como otro día lo hiciera por la burra de Balaam. Dios castigó al profeta de Judá, para dar a entender la exactitud con quiere ser obedecido por los que están dedicados a su servicio.

60. Historia de Elías y de Ajad

Primeramente advertiremos que el profeta Ajías que fue el que anunció a Jeroboán que sería rey de Israel, fue también el que le anunció su ruina, la de su hijo y todos sus descendientes.

De los reyes que sucedieron a Jeroboán haremos mención de **Ajad**, y nos fijaremos en su figura y en la del profeta Elías.

¿Quién fue Ajad? Ajad, hijo de Omri, fue uno de los reyes de Israel más impíos. Era de un carácter más bien débil que malo, y se casó con Jezabel, hija de un sacerdote de Baal y rey de los sidonios.

Jezabel fue una mujer imperiosa, cruel y fanática, que influyó mucho en su marido para extirpar el culto del Señor en Israel y sustituirlo por el de los ídolos de Baal, y logró se construyera en Samaria un templo en honor de Baal y protegió a los numerosos sacerdotes de esta falsa divinidad, mientras buscaba por toda parte a los profetas del verdadero Dios para darles muerte.

¿Quién era el profeta Elías? Elías fue un profeta que Dios se reservó y del que se valió para resistir a estos reyes impíos e impedirles pervertir enteramente el reino.

Elías es uno de los profetas más célebres del Antiguo Testamento, que luchó con todo su celo y valor contra la idolatría. Era natural de Tesba, en las montañas de Galaad, y un día, por orden de Dios, se presentó a Ajad, el rey de Israel y sin preámbulos le intima un castigo diciéndole:

«Vive Yahvé, el Dios de Israel, a quien sirvo, que no habrá en estos años ni rocío ni lluvia, sino por mi palabra.

Entonces llegó a Elías esta orden de Yahvé: «*Vete de aquí, dirígete hacia el Oriente y escóndete junto al torrente Carit, que está al este del Jordán. Beberás el agua del torrente, y Yo mandaré a los cuervos que ten allí de comer*» (1 Rey. 17, 1-4).

Así lo hizo el profeta y los cuervos le llevaban por la mañana y por la tarde pan y carne, hasta que se secó el torrente por no haber caído lluvia alguna sobre la tierra. Luego le fue dada una nueva orden de Yahvé a Elías: «*Levántate y vete a Sarepta, que pertenece a Sidón, y habita allí. Yo he dado orden a una mujer viuda para que te sustente*».

Elías se fue a Sarepta, y al llegar cerca de la ciudad, vio a una mujer, que estaba recogiendo leña, y le dijo: «Mujer, tráeme un poco de agua para apagar la sed», y luego le dijo: Tráeme, por favor, un poco de pan», y la mujer le respondió: «Bien sabe Dios que no tengo nada de pan cocido; sólo me queda un puñado de harina y un poco de aceite, y ahora estaba recogiendo esta poca de leña, a fin de preparar ese alimento para mi y para mi hijo, comérnoslo y después morir. Elías le dijo:

«No temas; anda y haz como has dicho; pero haz primero un panecillo para mí, y después lo harás para ti y para tu hijo, porque así lo dice el Señor, Dios de Israel: no faltará harina en la tinaja, ni aceite en la vasija hasta el día que Yahvé envíe lluvia sobre la tierra».

La mujer, llena de fe, hizo lo que le indicó el siervo de Dios, cuya promesa tuvo exacto cumplimiento. Tres años estuvo Elías en casa de aquella pobre viuda, y en todo este tiempo no faltó ni la harina ni la aceite. Después cayó enfermo el hijo de la mujer, y murió, y Elías rogó al Señor por él y se lo devolvió vivo, y la mujer gozosa, exclamó:

«*Ahora conozco que eres hombre de Dios y que la palabra de Yahvé en tu boca es verdad*» (1 Rey. 17, 24).

La fe en la palabra de Dios salva a todos.

61. Elías aparece ante Ajab

La sequía continuaba por entonces y el hambre seguía haciendo estragos en Israel. Compadecido el Señor de su pueblo, habló a su profeta diciéndole: «*Anda y preséntate a*

Ajab, porque voy a enviar lluvia sobre la tierra». Al mismo tiempo salía Ajab con su mayordomo Abdías para explorar el país en busca de pasto para los animales, que perecían de hambre.

Elías salió al encuentro del rey, que al verle le dijo con rostro severo: *«¿No eres tu el perturbador de Israel?»*

Elías le respondió: «No soy yo el que he perturbado a Israel, sino tú y la casa de tu padre -por tus pecados- por haber abandonado los mandamientos de Yahvé y haber seguido a los baales» (1 Rey. 18, 18).

Después hizo Elías al rey esta proposición, que debía manifestar clarísimamente la omnipotencia del Señor: «Reune sobre el monte Carmelo al pueblo y a los 450 sacerdotes de Baal». Ajab consintió en ello, y asistió el mismo a aquella reunión imponente que habría atraído una multitud de espectadores.

Elías acercándose entonces a todo el pueblo, dijo: *«¿Hasta cuando estaréis vacilantes hacia dos lados? Si Yahvé es Dios, seguidle, y si es Baal, id tras él.* Mas el pueblo no le respondió palabra. Elías entones volvió a decir al pueblo: *«Yo sólo he quedado de los profetas de Yahvé, mientras los profetas de Baal son cuatrocientos cincuenta». Que nos traigan dos bueyes; ellos escojan uno, lo corten en pedazos, colocados sobre la leña del altar, sin aplicarle fuego, y yo prepararé el otro buey y lo colocaré sobre la leña, sin poner fuego debajo.*

Después invocad el nombre de vuestro dios, y Yo invocaré el Nombre de Yahvé y el dios que respondiere con el fuego, ese sea el verdadero Dios» (1 Rey. 18, 21-24).

¡Excelente proposición! exclamó el pueblo. Pues empezad vosotros, dijo Elías a los sacerdotes de Baal, porque sois más numerosos.

Dispusieron, en efecto, la leña y la víctima sobre el altar, y empezaron a invocar a su dios gritando: *«Baal, escúchanos!». Así estuvieron toda la mañana repitiendo esta invocación, acompañándola de ridículas contorsiones y danzas, pero nadie respondía.*

- «Gritad más fuerte - les decía irónicamente Elías, porque acaso vuestro dios esté conversando con alguno o descansando de algún largo viaje, o durmiendo y ya despertará».

Y aquellos miserables daban mayores gritos y se sajaban las carnes con lancetas hasta quedar bañados en sangre; pero todo en vano; Baal permaneció sordo y no envió el fuego para el holocausto.

Súplicas de Elías. Pasado el mediodía, cuando estaba bien patente la inutilidad de las súplicas y esfuerzos de los sacerdotes de Baal, Elías preparó su sacrificio. Erigió un altar y colocada la víctima sobre la leña, mandó regarlo todo con agua. Después oró así:

«¡Oh Yahvé, Dios de Abraham, de Isaac y de Jacob; que se haga hoy notorio que tu eres Dios de Israel y que soy tu siervo, y que todo esto lo hago por tu mandato. ¡Respóndeme, Yahvé, respóndeme, para que sepa este pueblo que Tú, Yahvé, eres Dios, y que conviertes a su corazón (1 Rey. 18, 36-38).

Entonces de repente bajó fuego del Señor y consumió el holocausto las leñas y las piedras sobre las que estaba colocada la víctima. Al ver esto el pueblo, cayeron sobre sus rostros y exclamaron: *«¡El Señor es Dios! ¡El Señor es Dios!»*.

«Echad mano a los profetas de Baal», dijo Elías, y prendiéndolos los llevaron a la orilla del torrente Cisón, y los degollaron, terminando así aquellos infames sacerdotes que por tanto tiempo habían abusado de su credulidad.

Elías subió luego a la cima del Carmelo, e hizo ferviente oración. Pasadas pocas horas, el cielo se cubrió de espesas nubes, y una lluvia abundante regó los mustios campos.

62. Elías huye de Jezabel y el Señor lo conforta

Cuando Jezabel supo por boca de Ajab lo ocurrido en el Carmelo, se desató en horribles amenazas e imprecaciones contra Elías, y así mandó por su mensajero a decirle: «Así hagan conmigo los dioses, y aún más, si mañana a esta hora no te tratado tu vida como tú has tratado la de cada uno de los profetas de Baal».

Temió, pues, Elías y se levantó y huyó para salvar su vida a través del desierto. Rendido de fatiga se acostó debajo de un árbol y deseó morirse, y así dijo:

«Basta ya, oh Yahvé. Lleva mi alma, que no soy mejor que mis padres. Luego acostándose allí, se quedó dormido; mas un

ángel le tocó y le dijo: «Levántate y come». Miró y vio a su cabecera una torta cocida y un jarro de agua. Comió, pues, y bebió, y se acostó de nuevo. Mas el ángel de Yahvé vino por segunda vez y le tocó, diciendo: «Levántate y come, porque el camino aún es demasiado largo para ti» (1 Rey. 19, 2-7).

Obedeció Elías, y confortado con aquel manjar milagroso anduvo errante por el desierto cuarenta días y cuarenta noches, hasta llegar al monte Horeb (= el Sinaí), donde le mostró el Señor en misteriosos signos el rigor de su justicia y la bondad de su clemencia.

Llegando más tarde a una de aquellas montañas del Sinaí, entró en una cueva para pasar la noche, y he aquí que Yahvé le dijo:

«¿Qué haces aquí, Elías?». Él respondió: «He defendido con gran celo la causa de Yahvé, del Dios de los ejércitos; pues los hijos de Israel han roto tu alianza, han derribado tus altares y pasando a cuchillo a tus profeta; y he quedado yo sólo; y me están buscando para quitarme la vida». Díjole Yahvé: «Sal fuera y ponte de pie en el monte ante Yahvé. He aquí que va a pasar» (1 Rey. 19, 7-9).

- Pasó primero un viento tan fuerte, que parecía trastornar los montes y arrancar las peñas; pero el Señor no venía en el viento.
- Siguió un terremoto, pero el Señor no venía en él.
- Tras el terremoto pasó un fuego de grandes llamaradas; pero el Señor no venía en el fuego.
- Y tras del fuego un silvido o soplo del viento suave como el de una brisa ligera. Cuando Elías sintió este viento apacible, conoció que pasaba el Señor y oyó una voz que le dirigía de nuevo la pregunta: «¿Qué haces aquí, Elías?». Y el profeta le repitió las palabras dichas.

Entonces Dios le dio esta misión: Vete, vuélvete por tu camino, por el desierto de Damasco, y cuando llegues, unge a **Jazael** por el rey de Siría, a **Jehú** por rey de Israel, y a **Eliseo**, para que sea profeta en tu lugar.

Y siguió diciéndole: *Voy a dejar con vida en Israel a siete mil, cuyas rodillas no se han doblado ante Baal y cuyo labios no le han besado.*

Nota: Referente al pan milagroso con que se alimentó Elías, notemos que es figura de la Eucaristía, que nos sostiene en la peregrinación de esta vida.

Partió de allí y halló a Eliseo sobre el que arrojó su manto, como para enseñarle que desde aquel momento estaba invitado a hacerse cargo de la misión profética. El joven, comprendiéndolo, fue a despedirse de sus padres y siguió a Elías en calidad de criado y de discípulo.

Elías, arrebatado al cielo. Elías había cumplido su misión gloriosa. Eliseo, el más fiel de sus discípulos, sabiendo por revelación que su maestro iba a ser arrebatado de este mundo, no quería apartarse de su lado, y juntos se dirigieron al Jordán. Elías golpeó con su manto las aguas del río, que se separaron como en otro tiempo delante del Arca de la Alianza para dejarle paso. Ambos pasaron a pie enjuto. Una vez pasaron, iban conversando, cuando de repente apareció un carro luminoso tirado por caballos de fuego, Eliseo vio a su maestro elevarse por los aires en aquella carroza triunfal, y cuando lo hubo perdido de vista recogió el manto que Elías había dejado caer.

Así se libró de la muerte Elías, como en otro tiempo el patriarca Henoc. Dios sólo conoce el lugar donde mora hasta los últimos tiempos, en los que volverá para predicar la penitencia a los pecadores, sostener a los justos en la virtud y pelear contra el anticristo.

63. Ajab y la viña de Nabot

Ajab no contaba para nada con Dios, y, por satisfacer sus gustos o los antojos de la reina Jezabel, no retrocedía ante los crímenes más horrendos.

Los reyes tenían un magnífico palacio en Jezrael, junto a una viña perteneciente a un vecino de la ciudad, llamado Nabot.

Ajab dijo a Nabot: «Dame la viña para hacer un huerto para legumbres; porque está muy cerca de mi casa, y yo te daré a cambio otra mejor, o si te parece bien te pagaré su valor en dinero» (1 Rey. 21, 2).

Como Nabot le respondiese que la ley prohibía enajenar la herencia paterna, y no quisiera deshacerse de ella, se fue al rey a su palacio tan enojado, que no quiso comer. Cuando expuso la causa de su tristeza a Jezabel, ésta le

exclamó con ironía: *«¿Eres tú quien reina sobre Israel? ¡Levántate y come, y que tu corazón se alegre: Yo te daré la viña de Nabot.*

Después envió con este fin a los magistrados de la ciudad, que estaban a su disposición, una carta sellada con el sello real. He aquí lo que escribió la impía Jezabel:

«Promulgad un ayuno y colocad a Nabot entre los primeros del pueblo; y frente a él a dos hombres malvados, que depongan contra él, diciendo: ¡Tu has maldecido a Dios y al rey! Después sacadle y apedreadle para que muera».

Los inicuos magistrados cumplieron las órdenes de aquella mujer perversa, y Nabot murió apedreado. Al saberlo Ajab se levantó gozoso para bajar a la viña de Nabot de Jezrael y tomar posesión de ella. En esto le salió al encuentro el profeta Elías por orden de Dios, quien con severo acento le dijo:

«Así habla Yahvé: No sólo has cometido un asesinato, sino que también has robado. Y le dirás además: En el mismo lugar donde los perros lamieron la sangre de Nabot, lamerán también la tuya». Respondió Ajab a Elías: «¿Me has hallado, enemigo mío?». Y Elías le dijo: «Si, te he hallado; por cuanto te has vendido para hacer lo que es malo a los ojos de Yahvé. He aquí que haré venir el mal sobre ti. Exterminaré a toda tu posteridad... y los perros comerán a Jezabel junto al muro de Jezrael» (1 Rey. 21, 19-23).

Después de haber oído esta terrible amenaza, el rey desgarró sus vestidos en señal de arrepentimiento, se cubrió con un saco áspero y se entregó al ayuno. Dios dijo entonces a Elías: «Porque se ha humillado delante de mi, no ocurrirá la desgracia durante su vida, sino durante la de su hijo. El triple oráculo del profeta se cumplió a la letra:

1) Tres años más tarde fue herido mortalmente Ajab y los perros lamieron su sangre (1 Rey. 8, 22, 38).

2) Por medio de Jehú hirió de muerte a su hijo Jorán (2 Rey. 9, 24) y también a todos sus descendientes (2 Rey. 10).

3) Jezabel fue muerta y los perros comieron su cadáver en el campo de Jezrael (2 Rey. 9, 30-37).

64. El profeta Eliseo y sus milagros

Eliseo recogió el manto que Elías había dejado caer al ser arrebatado al cielo, y volvió después y con él golpeó las aguas diciendo: «¿Dónde estás ahora Yahvé, el Dios de Elías?, y en cuanto golpeó las aguas de Jordán, se partieron éstas de un lado y de otro, pasando así Eliseo.

Los hijos de los profetas que había en Jericó, viendo lo sucedido, le salieron al encuentro, se postraron en tierra, y dijeron: *«El espíritu de Elías reposa sobre Eliseo»*.

Eliseo hizo muchas milagros, recordaremos algunos:

1) La fuente de Eliseo. Hay actualmente en Jericó una fuente, que lleva el nombre de «Fuente de Eliseo», y nos recuerda el milagro que allí realizó.

Los vecinos de la ciudad dijeron a Eliseo: «El sitio de la ciudad es hermoso, como lo ve mi señor, pero las aguas son malas y la tierra estéril». Entonces él les dijo: «Traedme una vasija nueva y echad sal en ella...». Luego la echó en las aguas de la fuente diciendo: *«Así dice Yahvé: Yo saneo estas aguas. En adelante no saldrá de ellas ni muerte ni esterilidad»* (2 Rey. 2, 19-21).

En la actualidad las aguas de esta fuente brotan dulces y abundantes.

2) Socorre a una viuda de Samaria. Estaba cargada de deudas y le refirió a Eliseo como su acreedor le amenazaba con quitarle los hijos.

¿Qué tienes en tu casa?, le preguntó el profeta. Nada, respondió ella; nada absolutamente fuera de una vasija de aceite.

Eliseo le mandó que pidiese a sus vecinos muchas vasijas vacías, que no se contentase con pocas, y luego fuese llenándolas todas. Luego fue a decírselo al profeta. Eliseo le dijo:

«Vete y vende el aceite y paga tus deudas, y de lo restante viviréis tu y tus hijos». (2 Rey. 4, 7).

3) Curación del leproso Naaman. Uno de los milagros más célebres de Eliseo consistió en la curación de un general sirio, llamado Naamán, que estaba atacado de lepra. La mujer de Naamán había tomado a su servicio una joven israelita, y habiendo sabido por ella los prodigios que obraba

Eliseo, Naamán se presentó en casa de éste con gran aparato de carros y caballos para que lo curase. El profeta sin salir a verle, se contentó con decirle lo que tenía que hacer para quedar limpio de la lepra.

«Eliseo le mandó un mensajero que le dijese: *«Ve y lávate siete veces en el Jordán y recobrarás tu carne y quedarás limpio.* Naamán se enojó y se fue diciendo: Yo pensaba que por lo menos saldría, y se presentaría a mi, e invocando el nombre de Yahvé, su Dios, me pasaría la mano sobre mi llaga y así curaría la lepra. ¿Acaso los ríos de Damasco, el Albaná y el Farfar, no son mejores que todas las aguas de Israel?... Volviendo su rostro, se iba muy enojado; pero acercándose sus siervos le dijeron: *«Padre mío, si el profeta te hubiera mandado hacer algo difícil, ¿no lo habrías hecho? ¿Cuánto más habiéndote dicho: Lávate y quedarás limpio»* (2 Rey. 5, 10-13).

Naamán se dejó persuadir, bajo al Jordán, se bañó siete veces y quedó curado, quedando su carne como la de un niño. Luego Naamán volvió al profeta, y postrado a sus pies dijo: *«Ahora conozco que no hay Dios en toda la tierra sino el de Israel».*

Naamán ofreció ricos presentes a Eliseo; más éste nada aceptó.

- Apenas el general había marchado, cuando **Guejazi**, criado de Eliseo, se dijo a si mismo, impulsado por la tentación de avaricia: «Mi amo ha tratado con miramiento a este sirio no aceptando nada de su mano; correré tras él y conseguiré algo». Cuando le vio acercarse corriendo, bajó de su carro para ir a su encuentro, y dijo:

«¿Va todo bien? Bien, respondió él; pero mi señor me ha enviado para decirte: «Acaban de llegar de la montaña de Efraim dos jóvenes, discípulos de los profetas; te ruego me des para ellos un talento de plata y dos vestidos nuevos» (2 Rey. 5, 21-22).

Naamán le dio los talentos y lo que pedía, y el infiel criado fue a ocultarlo en su casa. Pero Eliseo que había visto en espíritu todo cuanto había hecho Guejazi, le dijo:

«Ya tienes dinero y vestidos, y luego podrás comprar olivares, viñas, ovejas, bueyes, siervos y siervas, pero la lepra de Naamán se te pegará a ti y a tu descendencia para siempre» (2 Rey. 5, 25-27).

En el mismo instante Guejazi salió de la presencia de Eliseo blanco de lepra como la nieve.

¡Cara se pagan la avaricia y las mentiras!.

65. Asedio de Samaria

Benadad, rey de Siria, reunió todo su ejército y puso sitio a Samaria, capital de Israel. Permaneciendo cercada esta ciudad bastante tiempo, hubo en ella mucha hambre, llegando la comida más vil a alcanzar precios fantásticos (20 veces más de lo ordinario). Además se dio el caso de que algunas madres se comieron a sus propios hijos, y el rey, al saberlo, se rasgó sus vestiduras, y culpó a Eliseo, sin duda por haber animado a resistir mientras llegaba una ayuda divina.

Jorán, que era el rey de Israel, entonces al ver tantas calamidades en la capital de su reino, en vez de volverse a Dios en trance tan apurado, juró matar a Eliseo, y cuando había tomado esta determinación, lo supo el mismo Eliseo y previno a los ancianos de que el rey se acercaba con el fin de asesinarle.

«Antes que llegara el enviado del rey, Eliseo dijo a los ancianos: «¿Habéis visto como ese hijo de asesino manda a cortarme la cabeza? Mirad: cuando llege el enviado, cerrad la puerta y rechazadle con ella. ¿No se oye ya, en pos de él, el ruido de los pasos de su señor?». Estaba todavía hablando con ellos, cuando he aquí que llegó el rey a su casa, y dijo: *De Yahvé nos ha venido esta calamidad. ¿Qué tengo yo que esperar de Yahvé?»* (2 Rey. 6, 32-33).

El rey blasfemaba, echando ahora la culpa a Dios, y parece se contuvo, quedando turbado ante la presencia del hombre de Dios, a quien le oyó una promesa inesperada. Los precios altísimos de los víveres cambiarían en veinticuatro horas, y la ciudad tendría alimentos a precios más baratos que de ordinario. Eliseo lo dijo así ante el rey y los ancianos:

«Oid la palabra de Yavhé (de eses Dios a quien acaba de injuriar): Mañana a esta hora se venderá en la puerta de Samaria la medida flor de harina por un siclo, y dos medidas de cebada por un siclo».

El oficial, sobre cuyo brazo se apoyaba el rey, contestó al hombre de Dios: «Aun cuando Yahvé abriese ventanas en el cielo, ¿podría ser eso? y Eliseo le dijo: *Con tus ojos lo verás pero no le comerás»* (2 Rey. 7, 2).

Todo esto se realizó como lo anunció el profeta. Aquella misma noche -sin duda por la oración-, Dios hizo que el campamento de los sirios, que tenían lleno de provisiones, éstos oyeran un gran estrépito de carros, caballos, y de un gran ejército, hasta creer que el rey de Israel se había coaligado con otros reyes extraños que se acercaban para atacarlos, y se levantaron al anochecer poniéndose en fuga, abandonando sus tiendas y sus caballos, el campamento tal cual estaba, con el fin de salvar su vida.

Unos leprosos que, al amanecer, llegaron al campo de los sirios en busca de alimentos, no encontrando alma viviente, dieron aviso a los de la ciudad. Entonces los habitantes de Samaria, que habían estado sitiados tanto tiempo, llenos de gozo, salieron en tropel a saquear el campamento, en donde se halló tal abundancia de provisiones, que los dos celemines o medidas de flor de harina se daban por el precio que había dicho Eliseo.

Para sostener el orden se colocó a las puertas de la ciudad el oficial, que había acompañado al rey el día anterior, y que tenía por imposibles las predicciones del profeta, y atropellado por la gente, murió viendo la abundancia de víveres, sin poder probarlos.

Cuando los profetas hablan en nombre de Dios, todo se cumple.

Muerte de Eliseo. En el reino de Joas, rey de Israel, murió Eliseo y fue sepultado. Por entonces hacía incursión en la tierra, un año tras otro, las tropas de Moab; y sucedió que mientras estaban unos sepultando a un muerto, vieron venir de pronto una de estas tropas, y arrojaron el muerto en el sepulcro de Eliseo, y en cuanto el muerto llegó a tocar los huesos de Eliseo, resucitó y se puso en pie (2 Rey, 13, 20).

REINO DE JUDÁ

66. Reinado de Roboán... de Asá y Josafat.

Roboán (como queda dicho) sucedió a su padre Salomón y provocó el cisma de las diez tribus y muy pronto, a los cuatro años de su reinado, tanto él como sus súbditos, se olvidaron del Señor, entregándose a la idolatría.

Por este motivo, Dios lo castigó con una invasión de Sesac, rey de Egipto, que penetró en Jerusalén y saqueó el templo y los palacios reales. He aquí lo que sucedió:

Entonces el profeta Semeyas, se presentó a Roboán y los príncipes de Judá, que se habían reunido en Jerusalén por miedo a Sesac, y les dijo: *«Así dice Yahvé: Vosotros me habéis abandonado a Mí, y por eso también Yo os abandono en poder de Sesac»* (2 Cr. 12, 5).

Ante estas palabras, los príncipes y el rey se humillaron diciendo: «Justo es Yahvé». Al ver Yahvé esta humillación, llegó su palabra a Semeyas, que les dijo: «Por haberse ellos humillado, no los destruiré, ni derramaré mi ira sobre Jerusalén por la mano de Sesac, pero le quedarán sujetos para que conozcan lo que es mi servidumbre y la de estos reinos. Sesac se retiró, y se contentó con imponer tributo al rey de Judá, (A Roboán le sucedió su hijo **Abías** que imitó los malos ejemplos de su padre).

Reinado de Asá. Asá reinó después de su padre Abías he hizo lo que es bueno y recto a los ojos de Dios. Hizo desaparecer los ídolos que sus padres se habían hecho, y hasta despojó a su madre Macá, de la dignidad de reina por dar culto a un ídolo, el que redujo a cenizas y destruyó todos los altares y estatuas paganas, y con un pequeño ejército aniquiló a millares de etíopes que intentaron una invasión en el reino de Judá.

Entonces el Espíritu de Dios vino sobre Azarías, hijo de Obed, el cual fue al encuentro de Asá y le dijo: *Oidme vosotros, Asá y todo Judá y Benjamín, Yahvé estará con vosotros cuando vosotros estéis con Él, y si le buscáis, se dejará hallar de vosotros; mas si le abandonáis, os abandonará»* (2 Cr. 15, 1-2).

Cuando oyó Asá las palabras y la profecía de Azarías, profeta, se sintió fortalecido y luchó por la causa de Dios haciendo desaparecer las abominaciones de toda la tierra de Judá y Benjamín, he hizo que el pueblo renovase la alianza con Yavhé.

Reinado de Josafat. Siguiendo los buenos ejemplos de su padre Asá elevó su reino a un grado de prosperidad y grandeza, y comprendiendo que la ignorancia en materia de religión trae necesariamente la corrupción de costumbres, se propuso inculcar en todo el país la ley de Dios por medio de sus príncipes, de los levitas y sacerdotes.

Esto hizo que el corazón del rey y de sus súbditos se fortaleciesen en los caminos del Señor y que el terror del mismo Yavhé cayese sobre todos los reinos de la tierra que había en torno a Judá.

67. Jorán y Atalía

A Josafat le sucedió en el trono su hijo Jorán (conviene advertir que por este tiempo hubo dos reyes con este mismo nombre, el uno hijo y el otro yerno del impío Ajab. Ambos favorecieron la idolatría).

Jorán, al posesionarse del reino, pasó a cuchillo a todos sus hermanos y algunos del reino, y por haberse casado con Atalía, hijo del impío Ajab y de Jezabel, siguió los caminos de los reyes de Israel, haciendo lo malo a los ojos de Dios, dando culto a los ídolos.

En estas circunstancias recibió una carta del profeta Elías en la que le prevenía cuanto le iba a suceder. Este era su contenido:

«Así dice Yahvé, el Dios de tu padre David: Por no haber seguido los caminos de tu padre Josafat, ni los caminos de Asá, rey de Judá, antes bien has andado por los de los reyes de Israel, y has hecho idolatrar a Judá..., y has dado muerte a tus hermanos, la casa de tu padre, que eran mejores que tú, Yahvé castigará a tu pueblo con una plaga grande, a tus hijos, a tus mujeres y a tu hacienda, y a ti te castigará con una grave enfermedad y con una dolencia de entrañas, hasta que éstas salgan fuera a causa de la enfermedad... (2 Cr. 21, 12-15).

Esta profecía se cumplió al pie de la letra. Dios despertó contra Jorán la animosidad de idumeos, filisteos y árabes, unos sacudieron el yugo de Judá, otros penetraron en Jerusalén, saquearon el palacio del rey y mataron a todos sus hijos, salvándose únicamente el menor llamado Ocozías. Este que apenas ocupó el trono un año fue tan perverso como sus padres Jorán y Atalía, y fue muerto por las tropas de Jehú.

Reinado de Atalía. Esta fue una mujer impía, ambiciosa y cruel, como su madre Jezabel. Una vez que supo la muerte de su hijo Ocozías, se apoderó del poder, y para estar más segura de conservarlo, hizo matar a todos los nietos o príncipes de la estirpe real. Uno de ellos, Joas, hijo de Ocozías, sólo fue salvado por Josabat, mujer del sumo sacerdote Joyada.

(Josabat, hija de Jorán y nieta de Josafat, era hermana de Ocozías, pero de madre distinta de Atalía, y cuando vio que iba a matar a los hijos del rey su hermano, corrió al dormitorio del niño Joas y le ocultó en las dependencias del templo).

Cuando Joas tenía siete años, el sumo sacerdote Joyada de acuerdo con los caudillos del ejército y jefes de las principales familias tramaron una conspiración contra Atalía a la que el pueblo detestaba, y preparó a todos para su coronación.

Joyada les dijo: *«He aquí el hijo del rey, que ha de reinar, como ha dicho Yahvé, de los hijos de David. Lo que habéis de hacer (para su coronación) es esto:... Todo el pueblo estará en el atrio de la casa de Yavhé... Los levitas rodearán al rey por todas partes. Cada uno con las armas en su mano. Sólo ellos acompañaran al rey cuando éste entrare o saliere»* (2 Cr. 23, 3-7).

Los levitas y todo Judá hicieron cuanto el sacerdote Joyada había mandado. Los conjurados y los soldados penetraron en el patio principal del templo con las armas en la mano y rodearon al joven príncipe, sobre cuya cabeza colocó Joyada la corona real y derramó aceite santo, y una vez ungido, exclamaron: ¡Viva el rey!. Las trompetas sonaban y la muchedumbre aclamaba entusiasmada. Atalía al oír estas aclamaciones corrió al templo ignorando lo que pasaba, y al ver a **Joás** sentado en el trono, gritó: «¡Conspiración, conspira-

ción!». Es lo único que pudo pronunciar Atalía, porque en el mismo instante ordenó Joyada que fuese arrojada del templo. La sacaron a la fuerza y la mataron a la entrada de su palacio.

Joás fue un rey piadoso mientras vivió el sumo sacerdote Joyada, su buen consejero y director, pero muerto Joyada siguió las peticiones de los malos consejeros y restableció el culto de los ídolos.

En estas circunstancias el espíritu de Dios descendió sobre el profeta Zacarías, hijo del sacerdote Joyada, y habló al pueblo diciendo:

«Así habla Dios: ¿Por qué traspasáis los mandamientos de Yahvé?. No tendréis éxito; pues si vosotros dejáis a Yahvé, Yahvé os dejará a vosotros» (2 Cr. 24, 20).

Al pueblo no le agradó la reprensión, y se conjuraron contra él sin duda como un día Pilato accedió a la petición del populacho para que le entregaran a Jesús, así accedió el rey Joás a entregar al profeta Zacarías para que lo apedreasen, quien, al morir, dijo: «¡Véalo Yahvé y tome venganza!». Joás, al fin murió asesinado por dos siervos suyos.

Dios sabe castigar a su tiempo las infidelidades de los hombres.

68. Acaz, rey de Judá

Acaz fue el más impío y perverso de los reyes de Judá. Fue, como dice un autor (J. D. Avalet), «un demonio en medio de dos ángeles, porque su padre Joatán y su hijo Ezequías fueron los reyes más piadosos de Judá». De Joatán, dice la Escritura que «llegó a ser poderoso, porque caminaba delante de Yahvé, su Dios» (2 Cr. 27, 6).

Acaz, para abolir el culto del verdadero Dios y arrastrar al pueblo a la idolatría, destruyó los vasos sagrados, tomó los tesoros del templo, y, por último, mandó cerrar sus puertas, erigió altares a los ídolos en todo el reino, llegando hasta practicar las abominaciones más horrendas de los cananeos, pues hizo pasar por el fuego sus propios hijos en honor del dios Moloc.

Por su culpa humilló Dios al reino de Judá, pues para castigar tan escandalosa apostasía, Dios entregó a Judá en manos de sus enemigos. Por el sur invadieron el reino de los idumeos, y por el norte se confederaron los reyes **Rasín** de Siria, y **Pecaj**, rey de Israel, los cuales subieron contra Jerusalén y sitiaron a Acaz; pero no pudieron vencerle ni realizar sus designios según la profecía de Isaías, quien intentó reducir al rey a reconciliarse con su Dios en aquel supremo peligro, en el que le pedía confiase más en el auxilio de Dios que en el de los hombres. Isaías dijo a Acaz:

«No temas ni se desaliente tu corazón a causa de esos dos tizones humeantes (**Rasín y Pecaj**), que se han coaligado para arrojarte del trono... «Así dice Yahvé: *«Esto no se llevará a cabo ni se hará»* (Is. 7, 4-7).

A tan generosas promesas, el empedernido idólatra correspondió con un gesto de incredulidad.

¡Pide, oh rey, - insistió el profeta-, pide a tu Dios una señal de su omnipotencia! -no la pediré-, le contestó con hipocresía, porque no debemos tentar a Dios.

-Oid, pues, descendientes de David- repuso Isaías -, ¿os parece poco abusar de la paciencia de los hombres, sino que también queréis abusar la paciencia de Dios?. No queréis un milagro, pero Dios lo obrará a pesar vuestro.

«Por tanto el Señor mismo os dará una señal: he aquí que la Virgen concebirá y dará a luz un Hijo, y le pondrá por nombre Emmanuel (=Dios con nosotros). (Is. 7, 14).

Esta es la señal de que la dinastía de David duraría por siempre como lo tenía prometido por Natán al mismo David (2 Sam. 7, 16), y por causa del Mesías prometido socorrería a Judá.

De hecho los reyes confederados no entraron en Jerusalén, si bien devastaron todo el reino.

No hay duda que mientras estemos con Dios, Él estará con nosotros.

69. Reinado de Ezequías.

Ezequías sucedió a su padre, el impío Acaz, en nada semejante a él. La Biblia resume su reinado en estas palabras:

«Hizo lo que era recto a los ojos de Yavhé..., y no hubo semejantes a él entre todos los reyes de Judá que les sucedieron, ni tampoco entre los que le precedieron» (2 Rey. 18, 3-5).

Lo primero que hizo fue purificar el templo de todos lo ídolos introducidos en él por el rey Acaz y reponer los vasos sangrados y el altar para los sacrificios. Hizo reunir a los sacerdotes y levitas y les dijo:

«Escuchadme, levitas; santificaos ahora y santificad la Casa de Yahvé, el Dios de vuestros padres, y echad fuera del santuario lo que es impuro. Porque nuestros padres han pecado haciendo lo que era malo a los ojos de Yahvé, Dios de Israel, y por eso su ira se ha encendido sobre Judá y sobre Jerusalén. Yo tengo el propósito de hacer alianza con Yahvé para que se aparten de nosotros sus castigos.

Hijos míos, no seáis ahora negligentes, poned manos a la obra, vosotros sois los elegidos de Yahvé» (2 Cr. 29, 5-11).

Inmediatamente comenzaron las purificaciones del templo, y a los pocos días, una vez realizadas, Ezequías reunió a los jefes de la ciudad y subió con el pueblo y le ofrecieron muchos sacrificios, y al son de trompetas comenzó también el canto de Yahvé y con el acompañamiento de los salterios o instrumentos de David.

Para no dejar rastro de la idolatría en todo el reino, mandó Ezequías hacer pedazos la serpiente de bronce erigida por Moisés en el desierto, porque los Israelitas la adoraban y le ofrecían incienso como a un ídolo... y luego celebró la Pascua con gran regocijo de todo el pueblo de Judá y muchedumbre venida de Israel, y fue tan grande la solemnidad celebrada en Jerusalén como nunca la hubo desde los días de Salomón.

Después de la restauración del templo y del culto, Ezequías empezó la restauración de costumbres, y puesta su confianza en Dios logró destrozar los numerosos batallones de los filisteos, tomando todas sus fortalezas hasta Gaza.

La Escritura dice que *«En el año sexto de Ezequías, que era el noveno de Oseas, rey de Israel, fue tomada Samaria... el rey de Asiria transportó los Israelitas a Asiria..., porque no habían escuchado la voz de Yavhé, su Dios, y habían roto su alianza»* (2 Rey. 18, 10-12).

Enfermedad de Ezequías. En este intermedio, «Ezequías enfermó de muerte, y fue a verle el profeta Isaías, hijo de Amós, y le dijo: Así habla Yahvé: *«Dispón de tu casa, porque vas a morir y no vivirás más».* Entonces Ezequías volvió su rostro contra la pared, y oró así:

«¡Oh Yahvé!, ten presente como he andado ante ti con fidelidad y corazón sincero, haciendo lo que es bueno a tus ojos». Y Ezequías lloró con gran llanto. Isaías salió, y cuando aún estaba en el atrio central, recibió palabra de Yahvé que le dijo: «Vuélvete: vuélvete, y di a Ezequías, jefe de mi pueblo: «Así dice Yahvé, el Dios de tu padre David: *he oído tu oración y he visto tus lágrimas. Te voy a curar y dentro de tres días subirás a la Casa de Yahvé. A tus días añadiré quince años y te librará a ti y a esta ciudad de la mano del rey de Asiria, y Yo protegeré a esta ciudad por amor de mí y de mi siervo David»* (2 Rey. 20, 1-6).

Tres días después subía al templo el piadoso monarca para dar gracias a Dios.

70. Embajada del rey de Babilonia e invasión de Senaquerid.

La noticia de tan prodigiosa curación se divulgó por todas partes. Con este motivo Medorac Baladán, rey de Babilonia, envió una embajada con ricos presentes a Ezequías para felicitarle... Tan inesperada atención halagó mucho al rey de Jerusalén, recibió a los mensajeros con suma benevolencia, los colmó de honores, y dominado por cierto espíritu de vanidad, les enseñó todos sus tesoros de oro y plata, haciendo ostentación de ellos ante aquellos orientales, y esto motivó la reprensión del profeta de parte de Dios.

«Entonces dijo Isaías a Ezequías: Escuchad la sentencia de Yahvé: Día vendrá en que será llevado a Babilonia todo cuanto hay en tu palacio y todas las riquezas atesoradas por tus padres hasta el día presente, no quedando nada. Y tus hijos, tus mismos descendientes serán llevados cautivos para ser humildes esclavos del rey de Babilonia» (2 Rey. 20, 16 s).

¡Profecía admirable y sorprendente es ésta! El anuncio de Isaías, hecho con más de un siglo de anticipación, se cumplió al pie de la letra.

Invasión de Senaquerib. En el reinado de Ezequías, el soberbio Senaquerib, ocupando él el trono de Nínive, vino contra Judá y la invadió; mas Ezequías lo calmó dándole cuantiosos tributos, hasta que poco más tarde, le declaró la guerra abiertamente, y al disponerse a atacar a Jerusalén, mandó a tres de sus primeros oficiales para intimar a Ezequías que se rindiese, y al ver que no se rendía a sus palabras, los comisarios de Senaquerib llegaron a blasfemar de Yahvé, diciendo que los dioses de los pueblos conquistados no habían podido oponerse a ellos, ni tampoco podría Yahvé, y dijeron al pueblo: «No hagáis caso a Ezequías, rendiros a Senaquerib para que tengáis paz...».

Al oír tales insultos, el rey, el profeta Isaías y el pueblo oraron y se apoyaron en Dios, y le fue revelado:

«No entrará en esta ciudad, ni disparará aquí flechas... Por el camino, que vino, por el mismo se volverá y no entrará en esta ciudad, dice Yahvé, porque Yo la ampararé para salvarla... En aquella misma noche salió el Ángel de Yahvé e hirió en el campamento de los Asirios a ciento ochenta mil hombres, y por la mañana, al levantarse, todos eran cadáveres.» Entonces Senaquerib, rey de Asiria levantó el campamento y se marchó a Nínive donde le mataron sus hijos (2 Rey. 19, 20 ss.).

La milagrosa derrota de Senaquerib causó tal espanto y consternación en los paises vecinos, que nadie se atrevió a mover guerra contra Judá en los días de Ezequías, que amado por los suyos, respetado por los extraños y temido por sus enemigos, murió el piadoso monarca y con magníficas exequias fue sepultado en el panteón de David.

La oración ferviente y la confianza en Dios siempre tiene éxito.

71. Manasés, rey de Judá.

A Ezequías sucedió su hijo Manasés, de edad de doce años, a quien malos consejeros hicieron seguir durante

mucho tiempo un camino enteramente opuesto al de su padre.

El paganismo más desenfrenado triunfó de nuevo en el reino. El culto de Baal y de Astartés se establecieron en el templo. Adoraban a los astros y quemaban niños en honor de Moloc, en el valle del Hinnón.

Manasés descarrió a Judá y a los moradores de Jerusalén e hizo numerosos mártires de tal manera que corrió su sangre por las calles de Jerusalén. Dios le llamó la atención por medio de los profetas que le dijeron:

«Porque Manasés, rey de Judá ha cometido tantas abominaciones, porque ha hecho pecar a Judá con sus ídolos, he aquí lo que dice Yahvé, Dios de Israel: Haré tales calamidades sobre Jerusalén y sobre Judá, que los que las oigan les retiñirán ambos oídos... Abandonaré el resto de mi heredad, y los entregaré en poder de sus enemigos y serán presas y botín de todos ellos, porque han hecho lo que es malo a los ojos de Dios» (2 Rey. 21, 11-15).

El impío rey Manasés fue de los primeros en experimentar el castigo, por no querer oír la voz de Dios; pues vinieron los Asirios, le hicieron prisionero y le llevaron cargado de cadenas a Babilonia. Allí, como leemos en el 2º libro de las Crónicas 33, 11 ss, encerrado en un calabozo el desgraciado Manasés se acordó del Dios de su padre, y con muchas lágrimas y penitencias imploró el perdón de sus pecados, y fue atendido, pudiendo volver a Jerusalén, y ocupar de nuevo el trono.

Habiendo conocido en la desgracia que ciertamente Yahvé es Dios, puso los medios para reparar con una conducta ejemplar el mal que había hecho, empezando por hacer desaparecer de la Casa del Señor el ídolo y demás dioses ajenos con que había profanado aquel santo lugar.

El reinado de Manasés fue el más largo de todos los reyes de Judá, 55 años, siendo el más perverso en la primera mitad de estos años, y luego uno de los más pacíficos hasta el fin de su vida.

Pensemos cuánto vale la penitencia y el arrepentimiento para que Dios se apiade de nosotros.

72. Reinado de Josías.

El joven Josías marchó desde su infancia por los caminos de la ley de Dios, siguiendo sin duda los consejos de su madre Idida.

Cuando tenía doce años, se derribaron en su presencia los altares de los baales e hizo pedazos los ídolos que estaban en ellos.

A los 18 años tomó las riendas del gobierno y su primera preocupación fue restaurar el templo del Señor y estirpar por completo el culto idolátrico.

Merece la atención en su reinado el hallazgo del «Libro de la Ley de Moisés» (o del «Deuteronomio», según algunos intérpretes), que dio origen a una forma religiosa a fondo.

Con ocasión de las obras que en el templo se llevaron a cabo, el Sumo Sacerdote Helcías encontró el «Libro de la Ley», que fue leído ante el rey.

Al oír el rey las palabras del Libro de la Ley, rasgó su vestido y dio esta orden: «Id a consultar a Yahvé por mí por el pueblo y por todo Judá, sobre las palabras de este libro que ha sido hallado, porque grande debe ser la ira de Dios contra nosotros por no haber obedecido nuestros padres las palabras de este libro y no haber puesto por obra cuanto en él se nos manda...».

Fueron luego a consultar a la profetisa Olda... y ella les respondió: «Así dice Yahvé: *Yo haré venir sobre este lugar y sobre sus habitantes los males de que habla este libro que el rey de Judá ha leido, porque me han abandonado a Mí, dando culto a otros dioses...* Al rey de Judá le diréis: *«Porque has rasgado tus vestiduras y has llorado ante Mí, por eso te he oído, dice Yahvé y te reuniré con tus padres, y serás sepultado en paz, y no verán tus ojos ninguno de los males que descargaré sobre este lugar»* (2 Rey. 22, 8-20).

Al fin de aplacar al Señor, convocó Josías a los ancianos de Judá y a todo el pueblo para renovar la alianza con Yahvé, su Dios. Reunidos todos en el templo, el rey leyó en voz alta el sagrado volumen encontrado y, acabada la lectura, puesto en pie juró solemnemente en su nombre y en nombre de su pueblo observar fielmente todos los preceptos y estatutos que acababa de leer.

Los asistentes arrastrados por el ejemplo del rey repitieron el juramento de fidelidad.

En cumplimiento de lo que acababan de prometer se destruyeron todos los últimos vestigios idolátricos de Jerusalén y en todo el reino.

La profecía del tiempo de Jeroboán, al ir Josías a Betel, quedó cumplida, pues a su vista hizo demoler el altar que allí había erigido Jeroboán, primer rey de Israel. Cuando Josías se volvía de allí, vio los sepulcros que había en la montaña, y mandó sacar de ellos los huesos de los sacerdotes idólatras, y los quemó sobre las ruinas del altar.

Llamó la atención del rey uno de aquellos sepulcros, y preguntó a los ciudadanos de Betel:

«¿Qué monumento es este que veo?». Los habitantes de la ciudad le contestaron: *«Es el sepulcro del hombre de Dios que vino de Judá y anunció estas cosas que tu acabas de hacer contra el altar de Betel». Entonces dijo él: «¡Dejadle en paz; que nadie mueva sus huesos!». Así quedaron intactos sus huesos con los del profeta que había venido de Samaria»* (2 Rey. 23, 16-18) (Véase 1 Rey. 13, 2 y 31).

Vuelto Josías a Jerusalén se celebró la Pascua con tanta solemnidad como nunca se había visto desde los tiempos de Samuel y de David.

La Escritura hace un gran elogio de Josías, diciendo que no hubo otro rey como él entregado a la causa de Dios; pero como la conversión del pueblo era muy superficial, permaneció la sentencia de Yahvé:

«Arrojaré a Judá de mi presencia, como he arrojado a Israel, y abandonaré a Jerusalén» (2 Rey. 23, 27). Poco más tarde iría al destierro.

Josías tuvo un fin trágico, por oponerse a Necao, el faraón o rey de Egipto, que subiendo a combatir contra Asiria, le pidió lo dejase atravesar pacíficamente el país con su ejército. Las palabras de Necao, dice la Escritura, que venían de la boca de Dios; pero Josías avanzó a atacarle, porque creía un honor y un deber defender su patria, y cayó mortalmente en el campo de Megiddo, y le llevaron a enterrar a Jerusalén y todo Judá y Jerusalén lloraron a Josías y a Jeremías compuso una lamentación sobre él.

El libro del Eclesiástico (49, 3-6) hace un elogio sobre Josías.

73. Reinado de Sedecías, último rey de Judá.

Sedecías tenía 21 años cuando comenzó a reinar. Reinó once años en Jerusalén. Empezó jurando fidelidad al rey de Babilonia; pero siguió haciendo lo malo a los ojos de Dios, no haciendo caso de las amonestaciones que le dirigió por medio del profeta Jeremías que eran las que podían salvarles a él y a Jerusalén.

Hizo escarnio de los profetas, y al no haber remedio, Dios trajo contra ellos al rey de los caldeos, y esta profecía se cumplió:

«Así dice Yahvé: Porque no habéis escuchado mis palabras, mandaré a todos lo pueblos del Norte y a mi siervo Nabucodonosor, rey de Babilonia y los haré venir contra esta tierra y contra todos sus habitantes... y los destruiré del todo, convirtiéndolos en objeto de horror, de irrisión y desolación perpetua... Toda esta tierra será una desolación y un desierto, y esta población servirá al rey de Babilonia 70 años» (Jer. 25, 8-11).

El pueblo judío seguía apartado de los mandamientos de Dios y Jeremías le dijo que la ciudad quedaría como un desierto e inhabitada. Aquellos insensatos, que oían al profeta, empedernidos en sus maldades, se desataron en denuestros y maldiciones contra él... y luego vieron que en el año noveno de Sedecías , vino Nabucodonosor con todo su ejército a sitiar a Jerusalén, y Jeremías les volvió a hablar diciendo lo que debían hacer para salvarse:

«Así dice Yahvé Cuantos se quedaron en esta ciudad morirán a espada, de hambre y de peste; pero el que se refujiare entre los caldeos vivirá y tendrá la vida por botín. Así dice Yahvé: Esta ciudad caerá con toda certeza en poder del rey de Babilonia, el cual la tomará» (Jer. 38, 2-3)

Estas palabras del profeta las siguieron todavía tomando a mal porque hacían flaquear las manos de los guerreros, y dijeron al rey: «Este hombre debe morir porque no procura el bien del pueblo, y lo arrojaron en un pozo con lodo para que muriese allí de hambre...; pero uno intervino ante el

rey y lo sacaron. Luego el rey quiso hablar en secreto con él, y le dijo, estando a solas: *«Quiero preguntarte una cosa: no me ocultes nada». Jeremías le respondió: «Si te lo digo, ¿no es cierto que me quitarás la vida?; y si te doy un consejo no me vas a escuchar.*

Sedecías le juró por Yahvé que respetaría su vida. Entonces le dijo:

«Así dice Yahvé, el Dios de los ejércitos, el Dios de Israel: Si te pasas a los jefes de Babilonia, salvarás tu vida y esta ciudad no será entregada a las llamas... y no debían resistir al ejército caldeo. Su resistencia fue ciertamente heroica y fueron vencidos no por la fuerza, sino por el hambre, siendo ésta tan grande que algunas madres llegaron a comer a sus propios hijos.

No pudiendo ya resistir, Sedecías y algunos oficiales intentaron escaparse y huyeron saliendo de noche de la ciudad. He aquí lo que sucedió según el relato de la profecía de Jeremías.

«El ejército de los caldeos los persiguió, alcanzando a Sedecías en la llanura de Jericó y lo llevaron preso ante Nabucodonosor, rey de Babilonia, que estaba en Riblá, en la tierra de Jamat. Allí lo sentenció e hizo matar a los hijos de Sedecías delante de éste. Luego hizo degollar a todos los nobles de Judá. A Sedecías le sacó los ojos y ordenó atarlo con cadenas de bronce, para conducirlo a Babilonia» (Jer. 39, 5-7) (donde murió sin verla conforme a la profecía de Ezequiel: 12, 13)

Finalmente los caldeos penetrando en la ciudad la devastaron y la entregaron a las llamas y tomaron los objetos de valor que quedaban para llevarlos, a la vez que deportaban a los ricos y nobles de Jerusalén, dejando sólo a los pobres y jornaleros para cultivar la tierra.

La deportación de los judíos que empezó con los dos reyes anteriores a Sedecías (o sea, Joaquín y con Jeconías o Joaquín II), terminó el año once del reinado de Sedecías.

En Babilonia estuvieron sujetos a sus reyes setenta años según la profecía de Jeremías, al cabo de los cuales regresarían a su tierra en virtud del edicto de Ciro.

Los caminos de la Providencia divina son admirables, pero notemos que los castigos cuando sobrevienen a los hombres son debidos a ser desobedientes a los mandamientos de Dios.

ESDRAS Y NEHEMÍAS

74. Vuelta del destierro

La Biblia sólo nos habla del regreso de los cautivos de Babilonia, los cuales volvieron a Jerusalén en virtud de un decreto de liberación que dio Ciro, rey de Persia, el año 536 antes de Cristo. A los que regresaron a Jerusalén les prometió ayuda para reconstruir el templo entregándoles los vasos sagrados que Nabucodonosor había robado del templo al llevarlos cautivos a Babilonia.

En los libros de Esdras y Nehemías se nos dice que los judíos que regresaron fueron cincuenta mil al mando de Zorobabel (nieto de Jeconías), que ejercía las funciones de gobernador, y de Josué, el sumo sacerdote. Animados por sus jefes, especialmente por Esdras y Nehemías y también por los profetas Ageo y Zacarías reconstruyeron el templo y la ciudad.

En el año 538 antes de Cristo, Ciro, rey de Persia, promulgó el famoso edicto que permitió a los judíos desterrados volver a Jerusalén y reconstruir el templo. He aquí los términos del decreto:

«En el año primero de Ciro, rey de Persia, para que se cumpliese la palabra de Yahvé por boca de profeta Jeremías, Yahvé suscitó el espíritu de Ciro, que hizo publicar de viva voz y por escrito, por todo su reino este decreto:

«Así dice Ciro, rey de Persia: Yahvé, el Dios del cielo, me ha dado todos los reinos de la tierra, y me ha mandado que le edifique una Casa en Jerusalén, que está en Judá. Todos los que formen de entre vosotros parte del pueblo, sea Dios con ellos y suban a Jerusalén y edifiquen la Casa de Yahvé, el Dios de Israel. Y en todo lugar donde habiten restos de este pueblo de Yahvé, han de ser ayudados por los vecinos de su lugar con plata, oro, bienes, ganados y dones preciosos para la Casa de Dios que está en Jerusalén» (Esd. 1, 1-4).

Entonces se levantaron los jefes de las familias de Judá y Benjamín, los sacerdotes y los levitas, con todo aquellos cuyo espíritu había movido Dios para edificar el templo de Yahvé, y subieron a Jerusalén.

Al comienzo del reinado de Asuero, y luego el de Artajerjes, rey de Persia, unos enemigos de Judá y Benjamín se valieron

de acusaciones para decir al rey, que Jerusalén era una ciudad que se rebelaría contra él y que impidiera reedificarla, y por este motivo mando suspender las obras.

Estas quedaron en suspenso hasta que el rey Darío enterado por los anales del reino de lo dicho por Ciro, terminó diciendo que se pagase a los ancianos que los judíos los gastos exactamente y sin demora de la hacienda el rey, y que se castigase a los que se oponían a la construcción del templo.

En el reinado de Artajerjes vino de Babilonia a Jerusalén Esdras, escriba muy versado en la Ley de Moisés, dada por Yahvé, Dios de Israel, y como la mano de Yahvé, su Dios, estaba sobre él, el rey le concedió todo lo que pidió (Esd. 7, 6) y le dijo a Esdras:

«Instruid a los que no conocen la leyes de Dios. Y contra todo el que no guarde con exactitud la ley de tu Dios y la ley del rey, será condenado a muerte o al destierro o una multa pecuniaria o a la pena de prisión» (Esd. 7, 25-26).

Esdras bendijo a Yahvé, que había dispuesto el corazón del rey a glorificar así la Casa de Dios en Jerusalén.

Luego el mismo rey Artajerjes dio permiso a Nehemías para ir a reedificar a Jerusalén y preparar sus murallas. Y es de advertir que gentes de Samaria y los amonitas al saber que la reparación de las murallas avanzaba, se confabularon para venir a atacar a Jerusalén, pero los constructores con firmeza en la obra la continuaban haciendo y trabajando con una mano y teniendo un arma en la otra.

Al fin, el templo y las murallas fueron construidos y terminadas las obras, los hijos del cautiverio celebraron la Pascua con júbilo, y Esdras, leyó la Ley de Dios, al pueblo y empezó la reforma de costumbres de que estaban muy necesitados, y terminaron con una oración y confesión de sus pecados, dirigiéndose al Dios grande, clemente y misericordioso, que hizo el cielo de los cielos con toda su milicia y la tierra con cuanto hay en ella y los mares con todo lo que en ellos existe.

Como podemos ver, Dios interviene en todos los acontecimiento humanos y nos pide y repite con frecuencia que cumplamos sus mandamientos si queremos que nos auxilie y seamos felices.

LIBRO DE TOBÍAS

75. Historia de Tobías

Este libro es uno de los más instructivos y bellos del A.T., que nos refiere la historia de Tobías, israelita, llevado cautivo a Asiria.

Cuando Tobías estuvo desterrado en Nínive, por su probidad y honradez mereció la estimación del rey Salmanasar, quien le concedió plena libertad y le colmó de honores y riquezas, y de estos favores se aprovechó para visitar a sus hermanos cautivos, socorrerlos y consolarlos con saludables consejos.

Después de la muerte de Salmanasar, subió al trono Senaquerib, quien se mostró muy duro con los israelitas, llegando su crueldad hasta negarles la sepultura; mas Tobías escondía los muertos en su casa y los enterraba durante la noche. El rey lo supo y confiscó todos sus bienes, y tuvo que huir con su mujer y con su hijo para salvar su vida.

Cuando Senaquerib pereció asesinado, el nuevo rey de devolvió todo sus bienes y pudo seguir haciendo sus buenas obras de misericordia.

Dios probó al anciano Tobías. Este fue un hombre que había observado fielmente desde su juventud los mandamientos del Señor y practicaba con todos las obras de misericordia, mas he aquí la prueba por la que pasó:

Un día después de volver a su casa fatigado de enterrar, se echó al pie de una pared para descansar. Mientras dormía, de un nido de pájaros que había en el muro, le cayó estiércol sobre los ojos y quedó ciego (Tob. 2, 10-11).

Por entonces Tobías se quedó tan pobre, que iba su mujer todos los días a trabajar, para con su ganancia atender la casa. Un día, además de su salario, recibió como regalo un cabrito, y el honrado Tobías temió hubiese sido robado, y al oír su balido, dijo:

«¿No será acaso robado?, restituidlo a sus dueños; porque no nos es lícito comer cosa robada?» (Tob. 2, 21).

Su mujer le aseguró que era regalo; pero como siguiera él con cierto temor, ella le reprochaba: «¿Dónde están tus li-

mosnas y tus buenas obras?. Ya lo ves ahora». Tobías nos murmuró, su paciencia fue entonces admirable y comparable con la de Job que había tenido en otro tiempo, y se puso a orar.

«Justo eres, Señor y justas todas tus obras; todos tus caminos son misericordia, verdad y justicia. Ahora, pues, Señor, acuérdate de mi, no tomes vergüenza de mis pecados, ni recuerdes mis delitos, ni los de mis padres... Por no haber obedecido tus mandamientos, por eso hemos sido entregados al saqueo, a la esclavitud, a la muerte, y hemos venido a ser fábula y el escarnio entre todos los pueblos, entre los cuales nos ha dispersado... Y ahora, Señor, haz conmigo conforme a tu voluntad... (Tob. 3, 1-6).

Consejos a su hijo. Tobías, creyéndose próximo a la muerte, llamó a su hijo y le hizo piadosas recomendaciones:

- Al morir, hijo mío, entierra mi cuerpo y honra a tu madre todos los días de su vida; guárdate de pecar, observa tus mandamientos...

- *Da limosna de tus bienes; no apartes tu rostro de ningún pobre... Si tienes mucho, da con abundancia; si tienes poco, da poco, pero de buen grado... La limosna libra de todo pecado...*

- No permitas que la soberbia domine en tu corazón o en tus palabras, porque de ella tomó principio toda perdición...

- A todo aquel que haya trabajado algo por ti, dale enseguida su jornal, y de ningún modo se lo retengas...

- *No hagas jamás a otro lo que no quieres que otro te haga a ti... Pide siempre consejo al hombre sabio...* (Tob. 4).

76. Viaje del joven Tobías a Ragés de Media

Queriendo Tobías, antes de su muerte, arreglar los negocios de familia, dijo también a su hijo: «Cuando tu aún eras niño, presté diez talentos de plata a Gabelo en Ragués, ciudad de los medos, y tengo en mi poder el recibo firmado de su mano. Debes procurar el modo de ir allá y cobrarle dicha suma de dinero, devolviéndole el recibo».

Salió, pues, el joven Tobías y encontró no lejos de su casa a un esbelto joven, que tenía su túnica ceñida a la cintura, como quien está a punto de emprender un viaje. Tobías no

sospechaba que era un ángel puesto a su disposición por la Providencia. ¿Sabrías tu, le dijo el camino para ir a la ciudad de Ragues? Sí yo lo sé y conozco a Gabelo, respondió el ángel. Luego entraron ambos en la casa del anciano Tobías, y el ángel le animó diciendo que tuviera buen ánimo y que pronto sería curado por Dios, y que él acompañaría a su hijo, y sano lo volvería a traer.

Al atardecer del primer día, llegaron a las márgenes del Tigris, y lavándose Tobías los pies en éste, un enorme pez se lanzó sobre él para devorarlo. Viéndolo Tobías se asustó. Entonces el ángel le dijo:

«No tengas miedo, agárralo por las agallas, y tíralo hacia ti. Así lo hizo y arrastrando lo sacó a tierra... Y el ángel le dijo de nuevo: «Desentraña ese pez y guarda su corazón, el hígado y la hiel; pues éstas son necesarias para útiles medicamentos» (Tob. 6, 2-5).

Tobías siguió el consejo y después de asar el pez y comer, prosiguieron el camino.

Ciudad de Ecbatana. Cuando iban llegando a esta ciudad el ángel dijo a Tobías. Aquí vive un pariente tuyo, llamado Ragüel , cuya hija única, Sara, debes pedirla por esposa. A ti te toca por herencia, pues tu eres ya el único de su linaje, la joven es bella y discreta.

Replicó Tobías: He oído que ha sido dada ya a siete maridos y que al acercarse a ella murieron. Animado por el ángel (pues no se acercaría a ella movido únicamente por la pasión y sin temor de Dios como ellos), sabiendo que «ella estaba limpia de pecado con hombre», llegaron a casa de Ragüel, que les recibió con sumo gozo, y sabiendo que era hijo de Tobías lo abrazó y dijo: *«¡Bendito eres, hijo mío, pues eres hijo del mejor de los hombres!» Después* mandó prepararles un banquete.

Entonces, como les instase a que se sentasen a la mesa, dijo Tobías: «Yo no comeré aquí, si no me otorgas mi petición y me das tu hija por esposa... y el ángel le dijo: *«No temas dárselas, porque éste es temeroso de Dios»*. No dudo, dijo Ragüel, que Dios ha oído mis oraciones y creo que por esto Dios os ha traido a mi casa. Y tomando la mano derecha de su hija, la puso en la derecha de Tobías, y dijo: *«El Dios de Abraham, de Isaac y Jacob sea con vosotros. El os junte y cum-*

pla su bendición». Luego hicieron la escritura matrimonial. Después celebraron el banquete, bendiciendo a Dios.

Tobías permaneció quince días en su casa, mientras el ángel fue en su nombre con el recibo de Ragés a cobrar el dinero en casa de Gabelo.

Entonces Ragüel le dejó marchar con Sara y con la dote de ésta que consistía en la mitad de todo lo que poseía su padre en dinero, rebaños y criados. Los padres besaron a su hija y la dejaron partir.

Los padres de Tobías que estaban ansiosos de volverle a ver a ver al salir a su encuentro, su hijo hizo lo que tenía dicho el ángel. Después de dar gracias a Dios y besar a su padre, le ungió con la hiel del pez los ojos y recobró la vista, y con la venida de Sara, el regocijo de los ancianos fue completo.

Revelación del ángel. Tobías llamó aparte a su hijo, y le dijo «¿Qué podemos dar a este santo varón que ha ido contigo?... Reconocieron los grandes beneficios que por él había recibido, y al ofrecerle la mitad de sus bienes, estando el ángel con ellos solos, les dijo:

«Bendecid al Dios del cielo... pues ha mostrado con vosotros su misericordia... Cuando tu orabas con lágrimas y enterrabas a los muertos... yo presentaba tu oración al Señor. Y por lo mismo que eras acepto a Dios, fue necesario que la tentación te probase. Ahora el Señor me mandó a sanarte a ti, y a librar del demonio a Sara, mujer de tu hijo. Porque yo soy el ángel Rafael, uno de los siete que asistimos delante del Señor» (Tob. 13, 6-15).

Al oír estas palabras se llenaron de turbación y temblando se postraron en tierra. Pero el ángel les dijo: *«La paz sea con vosotros, no temáis; por disposición de Dios estaba entre vosotros, bendecidle y cantad sus alabanzas.*

Los dos Tobías vivieron muchos años en paz y alegría. El relato de ese libro nos pone de manifiesto la admirable Providencia de Dios, respecto a Tobías, varón insigne por su piedad.

LIBRO DE JUDIT

77. Contenido de este libro

Este libro lleva el nombre de ***Judit****, por ser ésta la heroína y personaje principal de la obra, por medio de la cual Dios se valió para salvar de una manera milagrosa a su pueblo predilecto.*

Un rey de Nínive, capital del imperio asirio, por nombre **Nabucodonosor** (propiamente era **Asurbanipal**, que quiso también llamarse «Nabucodonosor» por haber conquistado Babilonia), hizo la guerra a Arfaxat, rey de los medos, al que derrotó, y entonces en su orgullo exigió la sumisión de las naciones de Occidente.

«Asurbanipal» mandó mensajes a Betulia y a otras ciudades para que se rindieran a él, pero como todas ellas lo rechazaron, llamó a su generalísimo Holofernes y le dijo:

«Sal a campaña contra todos los reinos de Occidente, y principalmente contra los que menospreciaron mi dominación. No te compadecerás de reino, alguno, sino que me subyugarás toda ciudad fuerte» (Judt. 2, 5-6).

Holofernes, siguiendo la orden del rey, escogió ciento veinte mil soldados de infantería y doce mil flecheros a caballo y empezó saqueando ciudades, asolando campiñas, hiriendo de muerte a la juventud... hasta llegar a Betulia fortificada por los israelitas.

En el relato de estos acontecimientos no se hace mención del rey de Judá (pues era al parecer Manasés, que se hallaba prisionero en Nínive o Babilonia) y el que mandó resistir a los israelitas fue el Sumo Sacerdote Joaquín, el cual les dijo que resistieran al enemigo persistiendo en la oración y recordasen a Moisés que no por medio de armas, sino suplicando con santas oraciones, derrotó a Amalec...

Actitud de Holofernes. Al saber éste que los israelitas se disponían a resistir, montando en cólera, preguntó a los jefes de Moab y de Amón: ¿Qué pueblo es éste que tiene la osadía de resistir y no venir a postrase a mis pies como los demás? ¿En qué está su fuerza y su poder?. Entonces Aquior, jefe de los amonitas, le dijo, después de hallarle del origen

de este pueblo y de los prodigios de Dios obrados con este pueblo.

«Mientras este pueblo no se apartó del culto del Señor su Dios, no hubo jamás quien pudiese hacerle daño... Mientras no pecaron contra su Dios, les fue bien, porque Dios aborrece la iniquidad... Infórmese, y si son reos de algún delito pecado contra su Dios, subamos y los derrotaremos, pues si no ha ofendido a Dios, no podremos resistirle (5, 17-25).

Indignado Holofernes por las palabras de Aquior mandó que fuera entregado a los de Betulia, y con ellos caería al ser tomada la ciudad.

Asedio contra Betulia e intervención de Judit. Al día siguiente Holofernes dio orden de marchar contra Betulia, y primero puso guardias en los manantiales de agua, para matarlos de sed...

Ozias, el gobernador, al ver las quejas, bañado en lágrimas, dijo:

«Tened buen ánimo, hermanos, y esperar durante cinco días la misericordia del Señor... Mas si pasados los cinco días no vienen nuestro auxilio nos entregaremos a ellos.

Las palabras de Ozías llegaron a oídos de Judit, una joven viuda, muy respetada y querida por todos y hasta admirada por su hermosura y mucho más por su piedad, y le dijo a Ozías y a los ancianos:

«¿Quienes sois vosotros para tentar al Señor?... ¿Quién sois vosotros para fijar plazo a la misericordia de Dios?. Más, puesto que el Señor es sufrido, arrepintámonos de esto mismo... Pidamos con lágrimas al Señor, para que según su voluntad use con nosotros de su misericordia...

Judit infundió ánimos e hizo que aquellos jefes con su autoridad levantasen el ánimo de los abatidos recordándoles cómo probó Dios a Abraham, a Isac, Jacob y a Moisés, y como le sirvieron con fidelidad en medio de las tribulaciones.

Todo eso es verdad - respondieron los ancianos-. Ruega por nosotros tu que eres santa y piadosa. Rogad también vosotros por mi, repuso Judit para que Dios bendiga el designio que he formado, y les comunicó que saldría al campamento enemigo con sus esclava y que ellos orasen para dentro de los cincos días, que habéis dicho el Señor sea propicio a su pueblo de Israel (8, 30-33).

78. Judit ora y sale para el campo enemigo

Primeramente, estando a solas, postrada en tierra y con traje de penitencia, dirigió al Señor una oración fervorosa implorando su auxilio y amparo en la arriesgada empresa que iba a ejecutar.

«Dios mío, Dios mío, escuchad mi oración, desbarata el ejército poderoso de los asirios que se apoyan en sus armas y en su fuerza. Tu eres el Señor que decide las batallas. Que los ojos de Holofernes, fijados en mi sean el lazo en que quede preso, hiérelo tu con las dulces palabras de mi boca. Pon firmeza en mi corazón para despreciarlo y valor para destruirlo. Que todas las naciones de la tierra reconozcan que tu eres Dios y que no hay otro fuera de ti» (Cap. 9).

Concluida la oración, cambió sus vestidos de luto y de penitencia por ricos adornos y joyas, se ungió con exquisitos perfumes y quedó tan ataviada, que seducía los ojos de cuantos hombres la miraban.

Después en compañía de una criada que llevaba las provisiones, se dirigió a las puertas de la ciudad, donde ya estaban aguardándola los ancianos, y le dijeron: *«Dios, el Dios de nuestro padres, te dé gracias y lleve a cabo tus proyectos para gloria de Israel y exaltación de Jerusalén»*. Y adoraron a Dios.

Llegada a las vanguardias del campo enemigo, fue conducida al instante a la tienda de Holofernes, quien la acogió con benevolencia, y le preguntó el motivo de abandonar Betulia y venir a refugiarse entre los enemigos de su pueblo. Había que engañarle, pues la empresa de Judit consistía en un ardid de guerra.

«Judit le respondió: Vas a saberlo, señor, y si quieres seguir mi consejo , Dios te dará concluido el negocio. Todo el mundo conoce tu prudencia, bondad, poderío y pericia. Ya sabemos como te hablo Aquior, y con cuanta clemencia lo has tratado. Por lo demás es indudable que nuestro Dios, irritado por nuestras prevaricaciones, va a poner a su pueblo en tus manos. Los hijos de Israel lo saben, y por eso se ha apoderado de ellos el terror. Ya los acosa el hambre, y, muertos de sed, andan pensando en matar los ganados para beber su sangre.

Conociendo ya que su ruina es inevitable, vengo enviada por Jehová para darte aviso de todo. Ese Dios a quien yo adoro, y a quien no cesaré de invocar, me revelará la hora señalada para el castigo de su pueblo y yo te lo anunciaré. Yo te llevaré en triunfo por medio de Jerusalén, en donde encontrarás a Israel como ovejas sin pastor, y aun sin un perro que ladre y las defienda. Todo esto me ha sido revelado, y para anunciártelo, he sido yo enviada» (Cap. 11).

Todos quedaron encantados del discurso de Judit y decían: «De un extremo a otro de la tierra no hay mujer de tan hermoso rostro y de discretas palabras.

«¡Bendito sea tu Dios, exclamó Holofernes, por haberte enviado para que pongas en nuestras manos a Israel!». Holofernes mandó instalar a Judit en la tienda de los tesoros, y permitió que cuando ella quisiese, la dejasen salir al campo cada tarde para ir a invocar a su Dios... iba pues, a rezar durante la noche al valle de Betulia, y después volvían a su tienda para continuar su rezo. Únicamente tomaba algún alimento al atardecer.

En la noche del cuarto día, Holofernes invitó a Judit a comer con él, ella aceptó esta invitación, que debía proporcionarle la ocasión de ejecutar su proyecto, tan atrevido. La comida tuvo lugar en la tienda del general. Este bebió con exceso, lo mismo que sus servidores, que se marcharon después de la comida; mas el general tuvo que echarse en cama, sumergido por el sueño que le produjo la embriaguez.

Este era el momento esperado por Judit. Sin pérdida de tiempo invocó la protección divina, y puesta en pie junto al lecho de Holofernes, dijo en su corazón: *«Dame valor, Señor de Israel, y echa en esta hora una mirada propicia sobre la otra de mis manos para que ensalces a Jerusalén.*

Inmediatamente se acercó a la columna que estaba cerca de la cama, y desenvainó la espada que había allí colgada, agarrando a Holofernes por los cabellos, al tiempo que decía: *«Dame fuerza, Dios de Israel, en esta hora»*, con toda su fuerza le hirió dos veces en el cuello, cortándole la cabeza.

Dejando el cuerpo tendido en el suelo, tomo la colgadura, envolvió en ella la cabeza y la entregó a la criada para que la metiera en el saco. A la hora de la oración salieron ambas del campamento, según costumbre, y llegaron a las puertas

de Betulia, y dijo a todos: *Alabad al Señor, Dios nuestro que por mi mano ha quitado la vida a nuestro enemigo y todos alabaron a Dios.*

Se prepararon armados los israelitas y al verlos así preparados fueron a despertar los Holofernes y quedaron aterrados al verlo decapitado y saberse la noticia huyeron y abandonaron el campamento, y todos con el Sumo Sacerdote aclamaron a Judit, diciendo:

«Tu eres la gloria de Israel, tu la alegría de Israel, tu la honra de nuestro pueblo».

LIBRO DE ESTER

79. ¿Quién era Ester?

Este libro recibe el nombre de la heroína «Ester», que es su figura principal. Ester era una huérfana judía, que vivía con un tío suyo llamado Mardoqueo y que la había adoptado como hija. Era uno de los desterrados, llevados de Jerusalén a Susa por Nabucodonosor.

El rey Asuero (sucesor de Darío y que ocupaba entonces el trono de Persia, y más conocido con el nombre de Jerjes I), se prendó de la hermosura de Ester, se casó con ella y le dio el título de reina; pero ignoraba que fuese judía, porque su tío le había dicho que guardase secreto de su procedencia.

- **Conspiración contra el rey**. Mardoqueo venía todos los días a la puerta de palacio, en la gran ciudad de Susa, y Ester le daba noticias suyas, y como un día llegase a conocimiento de Mardoqueo de que dos oficiales de la real cámara querían asesinar al rey, dio parte a Ester de ellos, la que se lo comunicó al rey. Los dos conspiradores fueron ejecutados, y el hecho fue consignado en los anales del reino.

- **Amán, primer ministro**. Algún tiempo después, Asuero elevó a la primera dignidad del Imperio a un hombre ambicioso e intrigante, soberbio y astuto, enemigo de los judíos y en particular de Mardoqueo, llamado **Amán**, delante del cual, según orden del rey, debía doblarse la rodilla para rendirle homenaje.

Mardoqueo rehusó darle esta señal de respecto, que creía era solamente debida a Dios.

Amán indignado por esta afrenta, resolvió vengarse haciendo condenar a muerte no sólo a Mardoqueo, sino a todos los judíos que residían en el territorio persa, y hasta logró arrancar un edicto del rey contra ellos diciéndole que debían ser exterminados porque era una raza perversa que se iban a sublevar contra él.

- **Consternación de los judíos**. La población judía, al tener noticia del edicto quedó aterrada, y sabedor Mardoqueo de tan triste noticia se presentó a la reina para que interviniese a su vez ante el rey.

Ester, después de orar y pedir a todos que orasen y pidiesen a Dios que su intervención fuese favorable, logró presentarse ante el rey, y poco antes sucedió que, por uno de esos designios de la Providencia, Asuero no pudo dormir aquella noche, y pidió que le leyesen los anales de su reino. Cuando hubo oído el relato del complot fraguado, y del cual se libró gracias a Mardoqueo, preguntó que recompensa había recibido el que le salvó la vida, y como sus servidores le dijeran que ninguna, ante la petición de la reina promulgó otro edicto en favor de los judíos. Mardoqueo fue elevado a la dignidad de primer ministro, y Amán que tenía preparada un patíbulo para colgar a Mardoqueo, en él, fue ahorcado Amán.

En el decreto promulgado por todo el imperio mandaba a todas las autoridades que diesen favor y auxilio a los judíos, y que estos pudieran amarse y defenderse contra los que les atacasen.

En este libro se nos pone de manifiesto el cuidado providencial que Dios tiene de Israel al salvarle y de cuantos confían en El.

LIBRO DE LOS MACABEOS

80. Breve resumen de la historia de los judíos

Los judíos repatriados en Palestina, después de la cautividad de Babilonia, habían vivido casi siempre en paz, durante unos doscientos años bajo el dominio benévolo de los sucesores de Ciro en el trono de Persia (a. 538-332). Al caer Persia bajo el poder de Alejandro Magno (332-323), los judíos por temor reconocieron su autoridad.

- **Alejandro Magno**, hijo de Filipo, rey de Macedonia y célebre conquistador que derribó el trono de Persia, ganó muchas batallas y se apoderó de las provincias, de las naciones y de sus reyes; se enorgulleció mucho. En la Biblia leemos: *«Enmudeció la tierra ante él... Reinó Alejandro doce años, y murió».*

Durante su reinado los judíos siguieron fieles a su religión, pues la Judea quedó bajo su gobierno. Y después de su muerte, sus generales se distribuyeron su dilatado imperio, formando reinos independientes: el de **Siria**, al norte (cuyos reyes recibieron el nombre de **Seléucidas**, porque el fundador de la dinastía, se llamaba **Seleuco**), o el de Egipto, al sur, la mayoría de cuyos reyes llevó el nombre de **Tolomeos**.

- **Los judíos bajo los reyes de Egipto**. Palestina estuvo bajo el poder de los reyes de Egipto más de un siglo (301-198). Los judíos mediante un ligero tributo conservaron su autonomía y vivieron en paz practicando entre los gentiles el conocimiento del verdadero Dios y las prescripciones y ritos de la ley mosaica.

- **Los judíos bajo los reyes de Siria**. Hacia el año 200 antes de Cristo, cuando los reyes de Siria, entraron en lucha con Egipto, **Antioco el Grande** se apoderó de Judea, y aunque al principio fueron bien tratados por él, y por **Seleuco**, hijo y sucesor de Antioco, después fueron abrumados de impuestos.

Muerto Seleuco, ocupo el trono su hermano Mayor, **Antioco Epífanes**, y con él estalló una violenta persecución como jamás la habían padecido ni aun en los aciagos tiempos del cautiverio. Profanó el templo y los vasos sagrados, hizo añicos el altar de oro y promulgó un decreto, mandando bajo pena de muerte, abrazar el culto y la religión de los dioses

paganos; se quemaron los libros sagrados se erigió un altar profano encima del altar de los holocaustos.

Entonces muchos tuvieron la desgracia de apostatar, pero otros prefirieron morir antes que renegar de su fe, entre estos tenemos el martirio de un doctor de la ley, llamado **Eleazar**, y el **siete hermanos macabeos y de su madre**.

Martirio del anciano Eleazar. Eleazar era un eminente doctor de la ley, venerable anciano de 90 años y noble aspecto, al que querían obligar a comer carnes prohibidas por la ley de Moisés más él rehusó enérgicamente y prefirió ser conducido al suplicio.

Sus amigos le proponían que le traerían secretamente carnes no prohibidas por la Ley; él las comería en público, como si fuesen de hecho las prohibidas, y así escaparía de la muerte. Pero él rechazó este engaño hipócrita. Y así respondió:

«No es decoroso a mi edad usar de fingimiento, porque serían causa de que muchos jóvenes, creyendo que Eleazar en la edad de noventa años se había pasado a la vida de los gentiles, cayesen en error a causa de esta ficción mía por conservar yo un pequeño resto de esta vida corruptible, además de atraer sobre mi ancianidad la vergüenza y execración. Y aun cuando pudiese al presente librarme de los suplicios de los hombres, no podría yo, ni vivo ni muerto, escapar de las manos del Todopoderoso. Por eso quiero morir valerosamente, mostrándome digno de mi ancianidad y dejando a los jóvenes un noble ejemplo de virtud» (2 Mac. 6, 24-28).

Al martirio de Eleazar, siguieron el martirio de siete jóvenes con su madre, que vinieron a decir todos: *«Estamos dispuestos a morir antes que traspasar las leyes patrias, que Dios nos ha dado»*.

Muchos otros judíos siguieron estos nobles ejemplos, prefiriendo la muerte a la apostasía.

El que conoce bien la palabra de Dios, no puede menos de dar la vida por ella.

81. Sublevación de los judíos

En aquella época había un sacerdote judío, de temple de héroe, llamado Matatías, que tenía cinco hijos. Todos ellos

llenos de fe religiosa y santo patriotismo, estaban indignados de tantos horrores y sufrimientos, y aún más de la cobardía de gran número de sus compatriotas, causa verdadera de que tantos renegaran de su religión.

Estos residían en Modín, lugar de las montañas de Judá, y al ver el santuario profanado y en manos de extraños, y tantas otras abominaciones y muertes de niños inocentes, rasgaron sus vestiduras y se vistieron de traje penitencial e hicieron duelo. Un día un oficial enviado por Antioco se presentó en su casa, a fin de someterlos a las órdenes del rey, y les dijo:

«Tu eres el principal, el más grande e ilustre de esta ciudad con esa corona de muchos hijos y parientes. Acércate, pues, el primero y haz lo que el rey manda... y con esto tú y tus hijos seréis del número de los amigos del rey y os enriquecerá.

Respondió Matatías y dijo en alta voz: *«Aunque todas las gentes obedeciesen al rey Antioco y todos abandonasen la observancia de la ley de sus padres yo y mis hijos y mis hermanos viviremos en la alianza de nuestros padres...»* (1 Mac. 2, 17-22).

Apenas había terminado de hablar, cuando en presencia de todos se acercó un judío para quemar incienso en un altar idolátrico, que había mandado levantar el rey. Al verlo Matatías no pudo contener su indignación . Se precipitó sobre el miserable apóstata y le mató. Al mismo tiempo mató al enviado del rey, que obligaba a sacrificar y destruyó el altar.

Recorrió después las calles de las ciudad gritando con todas su fuerzas: *«¡El que tenga celo por la ley, que me siga!»*. Después huyeron él y sus hijos a los montes, abandonando cuanto tenían en la ciudad.

Numerosos judíos, resueltos como él a observar la Ley de Dios, le siguieron, formando en poco tiempo un pequeño ejército, de un valor a toda prueba. Su primer acto fue castigar a los judíos que había prevaricado.

Con este objeto se diseminaron por toda la comarca, reanimaron el valor de los buenos e hicieron desaparecer a los renegados, dándoles muerte y arrojándolos del país.

Por fin Matatías, que era un anciano, viendo acercarse los días de su muerte, reunió a su hijos y les dirigió esta exhortación:

«Al presente domina la soberbia, y es tiempo del castigo y de la ruina y del furor y de la indignación. Por lo mismo, hijos míos, mostraros celosos de la Ley y dad vuestras vidas en defensa de la alianza de vuestros padres... Combatid valerosamente en defensa de la Ley, pues ella será la que os llenará de gloria... Luego les echó la bendición. Murió el año 146 (a.de C.) y le sepultaron sus hijos en Modín.

Judas Macabeo, sucedió a su padre Matatías, y fue uno de los más grandes héroes de que pudo gloriarse el pueblo de Israel, pues consiguió derrotar a cinco grandes ejércitos sirios, rescató la ciudad de Jerusalén, purificó el templo, destruyó los altares idolátricos y restableció el culto del verdadero Dios.

Por entonces murió Antioco Epífanes cuando intentaba hacer de Jerusalén el «osario de los judíos», como decía. Cayó de su carroza magullado, le invadió la gangrena y los gusanos lo devoraron vida, y en aquella ahora dijo: *«Ahora se me presenta a la memoria los males que causé en Jerusalén»*.

He aquí un rasgo interesante de la vida de Judas. Después de una de sus grandes victorias quedaron en el campo de batalla bastantes soldados judíos muertos, cuyo cadáveres ocultaban algunos objetos, consagrados a los ídolos... y creyendo por tal culpa habían caído, rogaron a Dios perdonase su falta... e hicieron sacrificios por el pecado...

«Es, pues, una obra santa y saludable el rogar por los difuntos, a fin de que sean libres de sus pecados» (2 Mac. 12, 43-46).

A Judas Macabeo sucedió su hermano **Jonatán**, y tanto creció la fama del valor de Jonatán, que los reyes de Siria y Egipto andaban a porfía para obtener su amistad... y fue muerto a traición por Trifón, general del rey de Siria....

A Jonatán le sucedió su hermano **Simón**, que fue un gran gobernante, arrojó de Judea a los asirios. Hizo observar la ley de Moisés y floreció con él el culto divino... y fue a asesinado por un pariente suyo que aspiraba al trono.

Desde la muerte de Simón hasta la venida de Jesucristo, nada dice la Sagrada Escritura, y por Flavio Josefo, historiador judío sabemos que a Simón le sucedió su hijo **Juan Hircano**, y entonces se formaron los dos partidos de «fariseos» y «Saduceos», que llevaron al país a la ruina. La independencia de los judíos duró unos 80 años, del 153 al 63

antes de Cristo, fecha en que cayeron bajo el poder de los romanos

LIBRO DE JOB

82. ¿Qué decir del libro de Job?

Este es un libro que trata de la vida de Job, varón rico y justo, que fue tentado por el demonio por permisión divina para probar su virtud / Pruebas: privación de bienes, de hijos... hasta llegar a quedar cubierto de llagas. Todo lo recibe con paciencia y bendice a Dios.

Este es uno de los primeros libros llamados didácticos, doctrinales y sapienciales, y con él se cuentan estos otros siete: El Salterio(= los Salmos). Proverbios, Eclesiastés, Cantar de los Cantares, Sabiduría y Eclesiástico.

Pruebas que sufrió Job. Para comprender mejor estas pruebas, veamos lo que nos dice la Biblia de la persona de Job y de las muchas riquezas que poseía:

«Había en tierra de Hus un varón que se llamaba Job, era hombre íntegro y recto, temeroso de Dios y apartado del mal. Naciéronle siete hijos y tres hijas, y poseía siete mil ovejas, tres mil camellos, quinientas yuntas de bueyes, quinientas asnas y muy numerosa servidumbre, y venía a ser aquel hombre más poderoso que todos los orientales (Job. 1, 1-3).

Cierto día en que los ángeles, «los hijos de Dios», se hallaban reunidos en presencia de Dios, según expresión del libro sagrado, se presentó Satanás en medio de ellos.

«Entonces dijo Yahvé a Satanás: ¿De dónde vienes?». Respondió Satanás a Yahvé, y dijo: «Acabo de dar una vuelta por la tierra y pasearme por ella». Y *preguntó Yahvé a Satanás: ¿Has reparado en mi siervo Job? Pues no hay ninguno*

como él en la tierra, varón perfecto y recto, temeroso de Dios y apartado del mal» (1, 7-8).

Satanás replicó a Yahvé y le dijo: ¿Acaso teme Job a Dios desinteresadamente? Le habéis colmado de bienes, que su virtud no tiene nada de sorprendente; pero dejad sentir un poco sobre él vuestra mano, heridle en lo que posee, y entonces os blasfemará y abandonará.

Dios le dio permiso para tentar a Job, con la condición que ponía en sus manos todos los bienes; pero que respetase su persona.

- **Llueven desgracias sobre Job**. Satanás puso a prueba inmediatamente la virtud de Job y hace que caigan sobre él reunidas las más espantosa desgracias. Se hallaba Job descansado tranquilamente bajo su tienda, cuando vio llegar su mensajero muy cansado, y le dijo:

«Los sabeos han invadido vuestras tierras y os han arrebatado los bueyes, las asnas y matado a los que estaban guardándolos, y he podido escapar yo solo para traerte la noticia. A continuación llegó otro y le dijo: «Fuego del cielo y ha reducido a cenizas tus rebaños y pastores y luego otra adversa noticia: «Un violento huracán, soplando del desierto, ya derribado la casa donde tus hijos e hijas estaban comiendo, y han muerto sepultados bajo los escombros».

Al oír Job esta serie de espantosas calamidades, rasgó sus vestidos en señal de dolor y postrado en tierra adoró a Dios diciendo:

«Desnudo salí del vientre de mi madre, y desnudo (bajaré al sepulcro). El Señor me lo dio, el Señor me lo quitó. ¡Bendito sea el nombre de Yahvé!» (Job. 1, 21).

- **Nuevas calamidades sobre Job**. El demonio irritado al ver a Job tanta constancias y conformidad con la voluntad de Dios, dijo al Señor: «Todo cuanto el hombre tiene lo sabe sacrificar gustoso, con tal que se quede con vida y salud. Pero extiende tu mano y toca sus huesos y carne, entonces verás que él blasfema de ti».

Entonces Dios, permitiendo una nueva prueba sobre Job, dijo a Satanás: *«He aquí que en tu mano está, pero consérvale la vida»*. Salió, pues Satanás de la presencia de Yahvé, e hirió a Job con una úlcera maligna desde la planta de los pies, hasta la coronilla de la cabeza» (2, 6-7).

Job, desamparado por lo contagioso de su enfermedad y sentado sobre un mulador, raspaba con una teja el pús que salía de sus úlceras. - En tan miserable situación, su mujer se burlaba de él y decía: «¿Aún sigues en tu necedad? ¡Maldice a Dios y muérete!. Job le respondió: *«Hablas como una mujer necia. Si recibimos de Dios los bienes, ¿por qué no hemos de aceptar los males?»* (2, 107).

Job no pecó con sus labios, y con heroica paciencia supo sufrir los insultos de su mujer, y las reprensiones de los tres amigos que le visitaron y que le creían culpable de algún pecado.

Job se proclamó inocente y permaneció impasible e inquebrantable en su fe y confianza en la Providencia, esperando otra vida mejor.

Por fin, Dios se compadeció de Job y premió su paciencia le devolvió su salud y le restituyó al doble de bienes que poseía y vivió 140 años siempre contento y feliz.

El libro de Job nos da muchas enseñanzas y ante todo por qué el hombre justo sufre, bien por sus pecados, bien para probar a las personas justas y perfeccionar su virtud y así dar gloria Dios; mas sólo a la luz del Nuevo Testamento comprenderemos que el dolor no es sólo expiación del pecado, sino prueba y señal de amor; nos hace partícipes de la cruz redentora de Cristo, y reconoceremos a su vez que *«los padecimientos del tiempo presente no son dignos de ser comparados con la gloria que ha de manifestarse en nosotros»* (Rom. 8, 18).

LOS SALMOS

83. ¿Qué son los «salmos»?

Los Salmos son una colección de himnos o canciones sagradas con las que la Iglesia acostumbra a «alabar al Señor, darle gracias, hacerle súplicas, pedirle perdón, etc...».

Como oración no es sólo pedir gracias a Dios, sino también alabarle, darles gracias..., por eso presentaremos algunos de los salmos laudatorios, de acción de gracias, deprecatorios y otros varios. Orar con los Salmos es orar con palabras de Dios.

Salmo 1 Camino que conduce a la felicidad

¡Bienaventurado el hombre que no sigue el consejo de los impíos, ni pone el pie en la senda de los pecadores, ni en la tertulia de los burladores toma asiento. Antes bien, la Ley del Señor tiene su complacencia, y en ella medita día y noche!.

Es como un árbol plantado junto a los ríos de agua que a su tiempo dará fruto y cuyas hojas no se marchitan; todo cuanto hiciere prosperará.

No así los malvados, no así. Ellos son como paja que el viento desparrama. Por eso en el juicio no estarán en pie los impíos, ni los pecadores en la reunión de los justos. Porque Yahvé cuida el camino de los justos; pero la senda de los pecadores tiene mal fin.

Salmo 25. Propio del que va a orar

«A ti, Señor, Dios mío, elevo mi alma. En tí confío, no sea yo confundido. Muéstrame tus caminos e instrúyeme... Tu eres el Dios que me salva.

Acércate Señor, de tus misericordias y de tus bondades de todos los tiempos. No recuerdes los pecados de mi juventud, ni mis ofensas... Acuérdate de mi por tu bondad... Tu perdonarás mi culpa aunque es muy grande.

Mírame Tu y tenme lástima, porque soy miserable y estoy solo. Perdona Tú todos mis delitos... Cuida Tú mi alma y sálvame.

Salmo 139. Para actuarse en la presencia de Dios

Oh Señor, Tú me penetras y me conoces. Sabes cuando me siento y me levanto. De lejos disciernes mis pensamien-

tos. Si ando y si descanso Tu lo percibes y todos mis caminos te son familiares.

No está todavía mi palabra en la lengua, y Tú Señor, ya sabes toda. Tú me rodeas por detrás y por delante.

¿Adónde huiré que me aleje de tu espíritu? ¿Adónde huir de tu presencia?. Si subiere a los cielos, allí estás Tú; si bajare al abismo, allí estás presente.

Si dijere: «Al menos las tinieblas me esconderán», y a modo de luz me envolviese la noche, las mismas tinieblas no serían oscuras para Tí.

Te alabo por el maravilloso modo en que me hiciste, porque tus obras son admirables... Examina mi corazón... y si ando por falso camino condúceme por la senda de la Eternidad (dichosa)...

Santo Tomás dice: «Si pensáramos que Dios nos ve, nunca o casi nunca pecaríamos».

84. Salmos laudatorios y de Acción de gracias...

Estos salmos son himnos de alabanza, nos invitan a alabar al Señor de todas las gentes, a Dios que es bueno, poderosos, providente, y a su vez desea invitemos a otro y a la creación entera para que continúen en esta alabanza.

Salmo 117. Alabad al Señor todas las naciones, celebradle todos los pueblos, porque su misericordia se ha confirmado sobre nosotros, y la fidelidad del Señor permanece para siempre.

Salmo 136. Alabad al Señor, porque es bueno, porque es eterna su misericordia.

Salmo 148. Alabad al Señor desde los cielos, alabadlo en las alturas.

Angeles suyos, alabadlo todos; alabadle todos; ejércitos suyos. Alabadle sol y luna; lucientes astros, alabadle todos. Alabadle, cielos de los cielos y aguas que estáis sobre los cielos, alaben el nombre del Señor porque Él lo mandó y fueron creados.

Alabad al Señor desde la tierra... Alaben el Nombre de Yahvé, porque sólo su Nombre es digno de alabanza...

Salmo 30, deprecatorio

A Tí, Señor, me acojo; no quede yo nunca confundido; sálvame con tu justicia. Inclina a mi tu oído, apresúrate Tu a librarme.

Sé para mi la roca de seguridad, la fortaleza donde me salves.

Porque Tu eres mi roca y baluarte, y por la gloria de tu nombre cuidarás de mi y me dirigirás.

Tú me sacarás de la red que me han tendido, porque eres mi protector. En tus manos encomiendo mi espíritu. Tu me redimirás, ¡oh Yahvé, Dios fiel!.

Ten piedad de mi, Señor, porque estoy conturbado..., porque mi vida se va acabando entre dolores y mis años entre gemidos...

Yo confío en Ti, Señor; digo: «Tu eres mi Dios»... Oh, cuán grande es la bondad que reservas para los que te temen y aman.

Salmo 103 de acción de gracias

Bendice, alma mía, al Señor y todo cuanto hay en mi bendiga su santo Nombre. Bendice, alma mía, al Señor y no olvides sus beneficios. Es Él quien perdona todas tus culpas, quien sana todas tus dolencias. El rescata de la muerte tu vida, Él te corona de bondad y misericordia.

- Cuanto dista el Oriente de Occidente, tan lejos echa de nosotros nuestros delitos-.

- Misericordiosos y benigno es el Señor tardo en airarse, lleno de miseriocordia...

Como un padre que se apiada de su hijos, así Yahvé se compadece de los que le temen, porque Él sabe de que estamos formados, Él recuerda que somos polvo... Los días del hombre son como la flor del campo...

Mas la misericordia del Señor permanece para siempre.

Salmo 51. Compadécete de mi, oh Dios, según tu benignidad. Por vuestra gran misericordia borra, borra mi iniquidad. Lávate enteramente de mi culpa, límpiame de mi pecado...

Contra ti, contra ti solo he pecado... Lávame y seré más blanco que la nieve...

LOS PROVERBIOS

Este libro (que contienen una 500 máximas, dirigidas a personas de toda clase, edad y condición) es una colección de sentencias, avisos, exhortaciones y reglas prácticas para obrar y vivir rectamente.

«Proverbios» no es lo mismo que «refranes», sino que equivale a «sentencias», «consejos atinados». Expondremos sólo algunos.

85. Obra bien. Acepta la corrección y habla bien.

El camino recto es apartarse del mal (16, 17). Examina los pasos de tu pie, y sean rectos todos tus caminos (4, 26).

El que sigue la justicia (o va por el camino de la santidad) va a la vida, el que va tras el mal corre a la muerte (11, 19). (El camino de la virtud, aunque a veces es estrecho, lleva a la vida, en cambio, el sendero del pecado, aunque ancho, lleva a la muerte, a la condenación (Véase Mt. 7, 13-14).

El principio de la sabiduría es el temor de Dios (El «temor de Dios» o sea, la práctica de la religión «es el principio, el fundamento, la base sólida de la verdadero sabiduría).

- Va por la senda de la vida quien hace caso de la corrección, el que no la acepta va por el camino falso (10, 17). Camino de la vida es la corrección del que te enseña (6, 22).

El hijo sabio acepta la corrección de su padre, pero el insensato no escucha la reprensión (13, 1).

No deseches, hijo mío, la corrección de Dios; ni te enojes cuando te corrige, porque Yahvé castiga al que ama, y aflige al hijo que es más querido (3, 11-12). El crisol prueba la plata, la hornaza al oro, mas los corazones los prueba Yahvé (17, 3).

La necedad del hombre tuerce sus caminos y luego le echa la culpa a Dios. (Muchas veces nos quejamos de la Providencia divina, cuando los verdaderos autores de nuestra desgracia hemos sido nosotros mismos, bien por nuestros pecados, bien por nuestro obrar irreflexivo e imprudente).

Encomienda a Dios tus planes, y tendrán éxito tus proyectos (16, 3).

- Los caminos del hombre están ante Yahvé y Él ve todos sus pasos. El impío queda preso en su propia iniquidad y

enredado en el plazo de su culpa (5, 21-22) (Viene a ser el dicho de Jesucristo: *«El que comete el pecado es esclavo del pecado»*). No te creas sabio a tus ojos, teme a Dios y huye del mal (3, 7).

Habla bien. En el mucho hablar no faltará pecado. El sabio ahorra sus palabras (10, 19). Con su boca el impío arruina a su prójimo, mas los justos se salvan mediante la ciencia. Cuando prosperan los justos se alegra la ciudad, y cuando perecen los impíos hay júbilo. Con la bendición de los buenos se engrandece un pueblo, la boca de los malos es su ruina (11, 9 ss).

La muerte y la vida están en poder de la lengua; cual sea el uso que de ella hagas, tal será el fruto (18, 21).

Gran importancia tienen las palabras en nuestra vida. Por eso decía Esopo que la lengua es la mejor y la peor cosa del mundo. La lengua revela el corazón del hombre. Por esta razón decía Sócrates a un joven: «habla para que te conozca». No hay que sentenciar sin haber escuchado antes las dos partes.

EL «ECLESIASTÉS»

86. ¿De qué trata este libro?

El «Eclesiastés» nos viene a plantear esta cuestión: ¿Vale la pena de ser vivida la presente vida? ¿Qué provecho saca el hombre de todo su trabajo con que se afana debajo del sol?. Y concretando más: ¿Podrá hallar el hombre la felicidad que tan ardientemente desea aquí, en la tierra, o sea, en las cosas creadas? Ni el placer, ni las riquezas, ni los honores, ni la actividad ni el progreso le aseguran la felicidad. Él viene a responder a esto solamente con esta frase: **Vanidad de vanidades, todo es vanidad.**

Y a esto se reduce el argumento del libro, si bien en él se echan de ver estos dos pensamientos centrales, que vienen a ser como los dos polos de todo lo que se describen en él: El primero: *«Todas las cosas de la tierra son vanidad»*. Y el segundo: *«Teme a Dios y guarda sus mandamientos, porque esto es el todo del hombre»*.

El desaliento expresado por Eclesiastés, muestra que hay en el fondo del corazón humano una aspiración hacia un estado de cosas mejores. Este estado es justamente el programa del reino de Dios, que Jesús anunciará en el Evangelio.

A la luz de la revelación divina, añadiremos lo que dice Kempis: «Vanidad de vanidades y todo vanidad, fuera de amar a Dios y servirles».

También se deduce del Eclesiastés esta condición práctica: Que gocemos con moderación -sin quererle ofender- de los bienes que el Señor nos concede para alivio y consuelo de las penas de esta vida y con ánimo agradecido a Él como dador de todo bien.

Vanidad de vanidades, todo es vanidad

¿Qué provecho saca el hombre de todo el trabajo con que se afana debajo del sol?.

Una generación se va y otra generación viene, mas la tierra es siempre la misma. El sol se levanta, el sol se pone, y camisa presuroso a su lugar, de donde vuelve a levantarse.

Todos los ríos se van al mar, y el mar nunca se llena; al lugar de donde los ríos vienen, allá vuelven para correr de nuevo...

Los ojos nunca se hartan de ver, ni los oídos de oír. Lo que fue, eso será; lo que hizo, lo mismo se hará nada hay de nuevo bajo el bajo el sol... He visto cuanto se hace... y aquí que todo es vanidadVanidad los placeres... Emprendí grandes obras, me construí palacios... amontoné plata y oro... Compré esclavos y esclavas... tuve muchas mujeres e hijos. Nada negué a mis ojos de cuanto pedían... Mas considerando todas las obras de mis manos... vi que todo era vanidad.

Todo tiene su tiempo. Hay tiempo de reir y tiempo de llorar, tiempo de callar y tiempo de hablar, tiempo de

amar y tiempo de aborrecer, tiempo de guerra y tiempo de paz...

- **Desórdenes sociales**. Otras cosas he visto debajo del sol: que en el puesto del derecho está sentada la maldad, y en lugar de la justicia la iniquidad. Díjeme entonces en mi corazón: Dios juzgara al justo y al impío, porque hay un tiempo destinado para todo y para toda obra.

No te olvides del fin. Acuérdate de tu Creador. Aunque un hombre viva largos años y ellos llenos de alegría, piense en los días tenebrosos, pues serán muchos. Todo lo que sucede es vanidad.

Alégrese tu corazón en los días de tu juventud, sigue los caminos de tu corazón y lo que encanta a tus ojos (sin ofender a Dios), pues sábete que de todas esas cosas Dios te pedirá cuenta.

- Acuérdate de tu Creador en los días de tu juventud, antes de que vengan los días malos , y lleguen los años en que dirás: «No tengo ya contento». Y antes que el polvo (= cuerpo) vuelva a la tierra de donde salió, y el espíritu (= el alma) retorne a Dios que le dio el ser...

Oídas todas estas cosas, se sigue como conclusión: *«Teme a Dios y guarda sus mandamientos, porque esto es todo el hombre»*. Esta es la razón de su existencia, y para esto ha sido creado.

CANTAR DE LOS CANTARES

87. Contenido e interpretación de este libro

Este libro es una composición poética en la que el amado y la amada se manifiestan su amor en diálogos y soliloquios y, por fin, se casan. Intervienen como protagonistas: la esposa (Sulamita) y el esposo (Salomón), denominados también hermano y hermana, ella aparece como hija del rey y pastora, él como rey pastor, intervienen asimismo como formando comparsa, el coro del pueblo, doncellas de Jerusalén y hermanos de la esposa.

No obstante la apariencia profana, la crítica judía tradicional y luego la Iglesia reconocen en él su carácter místico, es decir a través del idilio entre ellos, nos pinta amores más altos y divinos.

- Para los Padres de la Iglesia el **Cantar** es un poema alegórico, no profano, y aparecen como convencidos de su sentido espiritual.

(Conviene saber que el título «Cantar de los Cantares» es un hebraísmo que equivale a «Cantar sublimísimo», o «Cantar por excelencia»).

- Para la tradición judía, bajo la imagen de un perfecta unión conyugal, ha visto la unión entre Dios y la sinagoga o pueblo de Israel.

-La interpretación cristiana, lo interpreta como representando el vínculo y unión de la nueva alianza divina entre Cristo y su Iglesia. Ya los mismos judíos reconocían el Amado del **Cantar** era el Mesías y Cristo, en los Evangelios, se compara al esposo (Mt. 9, 15).

- Algunos siguiendo la interpretación mística han visto la unión de Cristo con el alma fiel, y la Iglesia en la Liturgia aplica a María muchas frases de este libro... El libro, pues, no es erótico, sino purísimo y más atendiendo al lenguaje oriental.

La visita del Amado

En este pequeño poema podemos ver una evocación de la situación del pueblo de Dios después del destierro. Durante el destierro Él dormía. Al regreso, este pueblo pensaba

que le sería dada la felicidad por completo; en la alegría esperaba la visita de Dios. Pero Dios, por algunas razones misteriosas, atrasa su llegada.

El amado: «Yo dormía, pero mi corazón estaba despierto. ¡Una voz!. Es mi amado que golpea. Ábreme, hermana mía, amiga mía... Me levanté para abrir a mi Amado... Abrí a mi Amado, pero mi Amado, volviéndose, había desaparecido.

Mi alma desfalleció al oír su voz. Los busqué y no la hallé; lo llamé, mas no me respondió. (Cap. 5).

La esposa o pueblo escogido. La esposa representa al pueblo escogido que quiere darse a su Dios. La alegría sucederá a la prueba, como la primavera sigue al invierno.

La esposa

«Yo soy de mi Amado y hacia mi tienden sus besos. ¡Ven, Amado mío!. Ponme cual sello sobre tu corazón, cual marca sobre tu brazo! Porque es fuerte el amor como la muerte... Sus flechas son flechas de fuego, llamas del mismo Señor» (Cap. 9).

SABIDURÍA

88. ¿De qué trata este libro de la Sabiduría?

En este libro se nos habla de la vida futura, de la recompensa de los justos y del castigo de los impíos. La justicia de Dios no aparecerá plenamente más que en la otra vida. También nos habla de la misericordia de Dios, y cómo por las obras creadas podemos llegar al conocimiento de su Artífice, o sea, de Dios Creador de todas ellas.

La sabiduría, fuente de felicidad. Amas la justicia los que gobernáis la tierra. Sentid rectamente del Señor, y buscadle con sencillez de corazón. Porque los que no le tientan la

hallan, y se manifiesta a los que no le son incrédulos. Los pensamientos perversos apartan de Dios...

La sabiduría no entrará en el alma maliciosa, ni habitará en el cuerpo esclavo del pecado...

Dios no hizo la muerte, ni se goza en la perdición de los vivientes. El Espíritu del Señor llena el universo, y el que todo lo abarca tiene conocimiento de lo que se habla...

Dios creó inmortal al hombre y le formó a su imagen y semejanza, mas por la envidia del diablo entró la muerte en el mundo e imitan al diablo los que son de su bando (Sab. 2, 23-25).

- **Destino de los justos y desdicha de los impíos.** Las almas de los justos están en manos de Dios, y no llegará a ellas el tormento de la muerte. A los ojos de los insensatos pareció que morían; y su tránsito se miró como una desgracia, y como un aniquilamiento su partida de entre nosotros, mas ellos reposan en paz...

Su tribulación ha sido ligera, y su galardón será grande, porque Dios los probó como el oro en el crisol, y los halló dignos de sí, a su tiempo se les dará la recompensa.

Mas los impíos serán castigados a medida de sus pensamientos: ellos que no hicieron caso de la justicia y apostataron de Dios.

Los impíos niegan la vida eterna. Dijeron entre sí, discurriendo sin juicio: Corto y lleno de tedio es el tiempo de nuestra vida; no hay consuelo en el fin del hombre... Nuestra vida se desvanecerá como nube que pasa... Venid, pues, y gocemos de los bienes presentes... Coronémonos de rosas antes que se marchiten... Ninguno de nosotros deje de tomar parte en nuestra lascivia...

Oprimamos al justo... Nos echa en cara los pecados contra la ley... No podemos sufrir ni aun su vista, porque no se asemeja su vida a la de nosotros... Los impíos, cegados de su propia malicia no entendieron los misterios de Dios... (mas un día dirán) :

¡Insensatos de nosotros! La vida de los justos nos parecía una necedad... Mirad como son contactos entre los hijos de Dios... Luego hemos errado y apartado del camino de la verdad... ¿De qué nos ha servido la soberbia? Comparecerán llenos de espanto por el remordimientos de sus pecados...

- **La recompensa de los justos.** Mas los justos vivirán eternamente su galardón está en el Señor, y el Altísimo tiene cuidado de ellos. Por tanto, recibirán de la mano del Señor el reino de la gloria, y una brillante diadema. Los protegerá con su diestra y con su santo brazo los defenderá...

Grandeza y misericordia del Señor. El mundo todo es delante de Tí, oh Señor, como un granito en la balanza, y como una gota de rocío que por la mañana desciende sobre la tierra. Pero Tú tienes misericordia de todos, por lo mismo que todo lo puedes, y disimulas los pecados de los hombres a fin de que hagan penitencia; porque Tú amas cuanto existe, y nada aborreces de lo que has hecho; pues si alguna cosa aborrecieras, no la habías hecho.

¿Cómo podrías subsistir alguna cosa, si Tú no quisieses o cómo podría conservarse sin Tí? Pero a todos perdonas, porque son tuyos, Señor, amador de las almas.

Tu corriges poco a poco a los que caen, y los amonestas por las faltas que cometen, despertando la memoria de su pecado para que apartándose de la maldad, crean en Tí, Señor (Sab. 11, 23-27; 12, 2).

- **La creación nos habla de Dios.** Vanos son ciertamente todos los hombres en quienes no se halla la ciencia de Dios, y que por los bienes visibles no llegaron a conocer Aquel que es; ni considerando las obras, reconocieron al Artífice de ellas... Pues de la grandeza y hermosura de las criaturas, se puede a las claras venir al conocimiento del Creador... (Sab. 13, 1-5).

Dios no puede ser ignorado, la creación entera, obra suya, nos habla de su omnipotencia y de su divinidad. Todos debemos reconocerlo así y adorarle.

ECLESIÁSTICO

89. Pensamientos del libro del Eclesiástico

El libro del «Eclesiástico» es un «manual de sabiduría». Comenta numerosas máximas del libro de los Proverbios, verdaderos consejos y reflexiones que no han perdido su utilidad para el hombre de hoy.

Elogio de la sabiduría. Toda sabiduría viene del Señor, y con Él está siempre y existe antes de los siglos. ¿Quién podrá contar las arenas del mar, las gotas de la lluvia y los días del pasado? La altura de los cielos, la extensión de la tierra y la profundidad del abismo, ¿quién podrá explorarlos?.

La sabiduría de Dios, que precede a todas las cosas, ¿quién es el que la ha investigado, y sus caminos son los mandamientos eternos. El origen de la sabiduría, ¿a quién fue revelado? ¿y quién conoce sus trazas?.

Hay un solo Creador, altísimo y omnipotente y rey grande, y sumamente terrible, que está sentado sobre su trono, y es Dios, el Señor (Eclo. 1, 18).

- Hijo, en entrando en el servicio de Dios, persevera firme en la justicia y en el temor, y prepara tu alma para la tentación...

- **Honra a Dios y a tus mayores**. Honra a tu padre con todo tu corazón, y no te olvides de los gemidos de tu madre. Acuérdate que sin ellos no hubieras nacido, y correspóndeles según lo que han hecho por ti.

Honra Dios con toda tu alma, y respeta a los sacerdotes...

No te huelgues de la muerte de tu enemigo, sabiendo que todos morimos, y queremos ser objeto de gozo.

No menosprecies lo que contaren los ancianos sabios; antes bien, hazte familiares sus máximas, porque de ellos aprenderás sabiduría (7 y 8).

- **Haz bien a tu prójimo**. Hijo mío, disfruta de aquello que tienes, y haz de ello ofrendas dignas a Dios.

Acuérdate de la muerte, la cual no tarda, y de la ley que se te ha intimado de ir al sepulcro, porque el morir es una ley de la que nadie está exento. Antes de morir haz bien a tu prójimo, y alarga tu mano hacia el pobre según tu posibilidad... Da y toma, y santifica tu alma (14).

- **Libertad**. Dios creó desde el principio al hombre, y le dejó en manos de su consejo. Le dio además sus mandamientos y preceptos.

Si guardando constantemente que le agrada quisieras cumplir los mandamientos. Ellos serán tu salvación.

He puesto delante de ti el agua y el fuego; extiende tu mano a lo que más te agrade. Delante del hombre están la vida y la muerte, el bien y el mal; lo que escogiere le será dado.

(Dios nos da la libertad para hacer el bien, si la empleamos para el mal, nosotros seremos culpables) (15, 14-21).

- **No cedas tus bienes hasta la muerte**. Ni al hijo, ni a la mujer, ni al hermano, ni al amigo, jamás en tu vida les des autoridad sobre ti; ni cedas a otros lo que posees, para que no suceda que arrepentido hayas de pedirle rogando que te lo devuelva.

Mientras estés en este mundo y respires, ningún hombre te haga mudar de este propósito, porque mejor es que tus hijos hayan de recurrir a ti, que no el que tu hayas de esperar el auxilio de las manos de tus hijos. En todas tus cosas manten la superioridad (33, 20-23).

- **Los cuidados por la hija**. Una hija es causa de desvelos para el padre; pues el cuidado de ella le quita el sueño, para que no se marchite en su juventud ni sea aborrecida después de casada. Por terror de que sea manchada su virginidad, y se vea encinta en la casa de su padre, o estando casada peque, y bien casada sea estéril.

Vigila sobre la hija atrevida, no sea que algún día te haga escarnio de tus enemigos o sea fábula de la ciudad y befa de la plebe y te cubra de ignominia delante de todo el pueblo (42, 9-11).

- **Dios creador del hombre**. El Señor formó al hombre de la tierra y lo formó a imagen suya y de nuevo le hará volver a la tierra. Le señaló un número contado de días y le dio potestad sobre las cosas que hay en la tierra. Le hizo temible a todos los animales, y les dio el dominio sobre las bestias y sobre las aves.

Le dio capacidad de elección, y le dio lengua, ojos, oídos y corazón para entender. Le llenó de ciencia e inteligencia y le hizo conocer el bien y el mal... Le mostró la magnificen-

cia de sus obras, para que alabe su santo Nombre y pregone la grandeza de sus obras... y les dijo: «Guardaos de toda iniquidad» (Eclo. 17, 1-11).

LIBROS PROFÉTICOS

Los profetas

Breve introducción

Dios suscitó y envió profetas especialmente durante los reinados de Israel y de Judá. Estos tenían como fin, no sólo anunciar cosas futuras, sino recordar a los reyes y al pueblo la observancia de los mandamientos de Dios y combatir sus transgresiones.

Los profetas también tuvieron la misión de preparar los caminos del Mesías, anunciar su venida y su obra salvadora, y mantener la esperanza en Él como futuro Redentor.

Hubo profetas «no escritores» como Elías, uno de los personajes más célebres del Antiguo Testamento, y Eliseo que vivieron en el siglo IX antes de Cristo, y otros que anunciaron verdades reveladas por Dios a través de sus escritos, y son: Isaías - Jeremías - Ezequiel y Daniel.

Estos se llaman profetas mayores por el volumen e importancia de sus escritos, y hay otros doce, llamados menores, de los que hablaremos después, y de todos ellos presentaremos algunas de sus palabras o trozo más significativos de su predicación.

EL PROFETA ISAÍAS

Isaías vivió en el siglo VIII a.C. y profetizó en el reino de Judá. Es el primero de los cuatro profetas mayores, y su libro es el más importante de todos los libros proféticos. He aquí el elogios que de él leemos en el Eclesiástico:

«Isaías, profeta grande y fiel en la presencia de Dios..., previó con poderosa inspiración los últimos tiempos y consoló a los que lloraban en Sión. Anunció el futuro y las cosas ocultas hasta la eternidad antes que sucedieran (Eclo. 48, 25 y 27).

En este libro se nos rebela que Dios juzgará a su pueblo y se servirá de las naciones paganas para castigarlo. Más tarde estas naciones serán destruidas y un «resto de Israel» será salvo... y termina hablando de un nuevo aspecto del Mesías, «el Siervo de Yahvé», bajo la forma de Maestro y de Profeta, especialmente como Redentor, que salvará a su pueblo mediante el sufrimiento.

90. El Señor habla a su pueblo

Isaías hace ver al pueblo su ingratitud para con Dios, su falta de verdadera piedad y les incita a la conversión.

«Oid, cielos, y tu, tierra, escucha, porque habla el Señor; he criado hijos y los he engrandecido mas ellos se han rebelado contra Mi.

El buey conoce al que lo posee, y el asno el pesebre de su amo, pero Israel no se conoce; mi pueblo no tiene inteligencia.

«¡Ay de la nación pecadora, pueblo cargado de culpa, raza de malvados, hijos corrompidos! Han abandonado al Señor, han despreciado al Santo de Israel, se han vuelto atrás. La cabeza toda está enferma, y todo el corazón doliente. Desde la planta del pie hasta la cabeza, no queda en él nada sano; hay sólo heridas, contusiones y llagas inflamadas, que no han sido cerradas, ni vendadas, ni suavizadas con aceite (1, 2 s).

Nota: La «cabeza enferma» indica, sin duda los gobernantes. Ellos y todo el pueblo eran una llaga.

Esto se aplica en sentido acomodaticio a la pasión de Cristo. En realidad todos estábamos enfermos, todos heridos de pies a cabeza por nuestros pecados, y Cristo vino a sufrir en su cuerpo y ser una pura llaga de heridas, para curarnos.

La viña ingrata (5, 17). Para expresar todos los motivos de queja que Dios tiene contra su pueblo infiel, el profeta recurre a una parábola. Compara el pueblo a una viña, Dios es quien la ha plantado y cuidado con esmero, y no halla en ella frutos cuando va a buscarlos.

«Cantaré ahora a mi amado un canto, la canción de mi amado acerca de su viña». Tenía mi amado una viña en un collado muy fértil. La cavó y la despedregó, la plantó de capas escogidas y edificó en medio de ella una torre, y también un lagar, y espero que diese uvas, pero dio agraces.

Ahora, pues, habitantes de Jerusalén, juzgad entre mi y mi viña. ¿Qué más había de hacer yo por mi viña que no lo hiciera? ¿Por qué mientras esperaba que diese uvas, dio agraces?.

Ahora voy a deciros lo que haré con mi viña: La quitaré su seto, y será talada, derribaré su muro y será hollada. Haré de ella una desolación y no será podada ni cultivada, brotarán allí zarzas y espinas, y mandaré que las nubes no lluevan sobre ella.

He aquí la explicación de esta parábola: Pues la viña del Señor de los ejércitos es la casa de Israel. Esperaba de ellos rectitud, y no veo más que derramamiento de sangre; justicia, y he aquí que no hay más que gritos de dolor.

- **La verdadera penitencia o piedad auténtica**. La verdadera señal de la conversión del corazón no son las solas palabras de penitencia, sino la caridad para el prójimo. El amor al prójimo conduce a la amistad de Dios.

«Clama a voz en cuello y no ceses; cual trompeta alza tu voz; denuncia a mi pueblo sus maldades, y a la causa de Jacob sus pecados. Decís: ¿Por qué ayunamos si tu no lo ves, si Tú te haces el desentendido? Es porque en vuestro día de ayuno andáis tras vuestros negocios y apremiáis a todos vuestros trabajadores.

He aquí que ayunáis para hacer riñas y pleitos, y para herir a otros impíamente... El ayuno que yo quiero consiste en esto: soltar las ataduras injustas, desatar las ligaduras de la opresión, dejar libre al prójimo y romper todo yugo, partir tu pan con el hambriento, acoger en tu casa a los pobres sin hogar, cubrir al que veas desnudo, y tratar misericordiosamente a todo hombre necesitado... Entonces

clamarás al Señor y Él te responderá... y te guiará sin cesar...

91. Profecía escatológica: ruina de la tierra

(Is. 24). Esta tendrá lugar en los últimos tiempos, debido a los muchos pecados de los hombres y quedará un corto número de los salvados.

He aquí que el Señor devastará la tierra, y la dejará desolada, trastornará la superficie de ella y disperersará sus habitantes.

Y será el pueblo como del sacerdote, del siervo como de su amo, de la sierva como de su dueña, del comprador como del vendedor... La tierra será devastada y saqueada del todo, por cuanto el Señor así lo ha decretado. La tierra se consume de luto, el orbe se deshace y se marchita; desfallecen los magnates de la tierra.

La tierra está profanada por sus habitantes; pues han traspasado las leyes y violado los mandamientos, han quebrantado la alianza eterna. Por eso la maldición devora la tierra, y son culpables sus moradores; por eso será consumidos los habitantes de la tierra, y quedará solamente un corto número.

- **Señor, hemos pecado, pero puedes salvarnos** (Is. 64). No hay quien invoque tu nombre, nadie se levanta para adherirse a Ti, pues nos ha escondido tu rostro y nos ha entregado a nuestras maldades.

Mas ahora, Señor, tu eres nuestro Padre; nosotros somos el barro, y Tú el alfarero, obra de tus manos somos todos,

No te enojes demasiado, oh Señor, ni te acuerdes siempre de la iniquidad, míranos, te rogamos, que somos pueblo tuyo.

Poemas del «Siervo de Yahvé» (Is. 42, 50 y 53).

En un cierto número de poemas de este libro de Isaías aparece un misterioso personaje, llamado El «Siervo» de Yahvé. Este no es ni un rey, ni un sacerdote ni un profeta como los demás. Cada poema presenta un aspecto de él. Este siervo es, sin duda, Cristo, el Mesías. Una vez se presenta bajo la forma de un Maestro, que enseña la sabiduría, otra vez como «Siervo» obediente... y especialmente como

«Siervo» sufriendo (Cap. 53) que acepta los sufrimientos, y se pone en lugar de los hombres y es el «Varón de dolores», que ofrece este sacrificio a Dios, obteniendo así el perdón de los pecadores...

Jesús conformará su conducta a este retrato del «Siervo». Después de su resurrección, sus discípulos comprenderán que Él ha muerto conforme a las Escrituras (1 Cor. 15, 3) (Este capítulo es como resumen de la Pasión de Cristo según los Evangelios, escrito ocho siglos antes de que sucediera.

Nota: El profeta nos habla de varios oráculos del Mesías:

1) Un niño nos ha nacido, un Hijo nos ha sido dado, que lleva el imperio sobre sus hombros. Se llamará Maravilloso, Dios poderosos, Príncipe de paz.

2) Referente a la Virgen: «La Virgen concebirá y dará a luz un hijo y le podrá por nombre Emmanuel (Is. 7), y a esta profecía se cumplió al dar a luz la Virgen a Jesús (Ved Mt. 1, 21-23).

3) También se nos dice que el Señor vendrá en persona y nos salvará (Cap. 35, 4) y tendrá un precursor (Cap. 40), que fue el Baustista, etc.

EL PROFETA JEREMÍAS

92. ¿Quién fue el profeta Jeremías y cuál su misión?

El Eclesiástico (49, 9) y el 2º libro de los Macabeos (15, 13-14) nos hablan elogiosamente de Jeremías, profeta extraordinario, que fue penitente, casto y hombre de oración (Jer. 15, 8; 16, 2) puesto por Dios como una ciudad fuerte, como columna de hierro y muro de bronce contra los reyes, los príncipes, los sacerdotes y todo el pueblo que le hacían guerra. Su vida fue anunciar calamidades y desastres, principalmente la cautividad de Babilonia que sería de 70 años (Cap. 25 y 29).

Jeremías anunció, con anterioridad, a los últimos reyes de Judá y especial a Sedecías por su impiedad, los castigos

que les había de venir Vaticinó a su vez la ruina del templo y de Jerusalén ,y que Sedecías y su pueblo caerían en manos de Nabucodonosor, aconsejándoles que no se opusieran al invasor (Cap. 38 y 39).

Jeremías empieza diciendo: Me habló Dios en estos términos:

«Antes de formarte en el seno materno te conocí; y antes de que salieras del seno te santifiqué; para profeta entre las naciones te he constituido.

Yo contesté: «¡Ah, Señor, Yahvé!, he aquí que no sé hablar, porque soy un adolescente. El Señor me respondió: *«No digas soy un adolescente, sino anda a donde quiera que Yo te enviaré, y habla cuanto yo te dijere. No tengas miedo delante de ellos, porque Yo estoy contigo para librarte, oráculo del Señor.* Después me dijo:

Yo pongo mis palabras en tu boca. Mira, Yo tengo hoy sobre naciones y sobre reinos, para desarraigar y derribar, para destruir y arruinar, para edificar y para plantar. (Jer. 1, 4-10).

Este pasaje del profeta nos debe hacer reflexionar a todos y pensar que Dios nos conoce desde que estamos en el seno de la madre como durante la vida y cada uno debe cumplir con la misión que Dios nos da y ser fieles a nuestro deber, apoyándose siempre en Dios.

Invitación a la conversión

Entonces me dijo el Señor: Anda, pues, y grita estas palabras, y di: *Conviértete, apóstata Israel, no os miraré con rostro airado, porque soy misericordioso, no me airaré para siempre, con tal que reconozcas tu iniquidad, pues contra el Señor, tu Dios, has pecado.*

Si te conviertes, oh Israel, conviértete a Mi, dice el Señor; y si quitas delante de Mi tus abominaciones, no andarás más errante.

Si juras «¡dice el Señor! en verdad, y con rectitud y justicia, serán bendecidas en Él las naciones y en Él se gloriarán (3, 12-13; 4, 1).

- Hay falsos sabios (Jer. 8, 7-12). Aun la cigüeña en el aire conoce su tiempo, la tórtola, la golondrina y la grulla (que conocen sus migraciones) saben cuándo han de venir; pero mi pueblo no conoce lo debido al Señor. ¿Cómo decís: sa-

bios somos, poseemos la ley del Señor? Confundidos están los sabios, consternados y presos; pues han rechazado la palabra del Señor. ¿Qué sabiduría puede haber en ellos? Todos se dejan llevar de la avaricia, todos practican el fraude.

Curan la llaga de mi pueblo a la ligera, diciendo: ¡Paz, paz! Cuando no hay paz. Serán confundidos, porque cometen abominaciones.

93. La verdadera gloria consiste en conocer a Dios

Así dice el Señor: «No se gloríe el sabio de su sabiduría, no se gloríe el poderoso de su poder, no se gloríe el rico de sus riquezas.

El que se gloría, gloríese en esto: En tener inteligencia y conocerme a Mi, que Yo soy el Señor, que hago misericordia, derecho y justicia en la tierra; porque estas son las cosas en que complazco, dice el Señor» (9, 23).

- **Confianza en el Señor**. Así dice el Señor: *Maldito quien pone su confianza en el hombre* (que es débil y frágil), y se apoya en un brazo de carne, mientras su corazón se aleja del Señor. Será como desnudo arbusto en el desierto; cuando viene el bien no lo ve.

Bienaventurado el varón que confía en el Señor, y cuya confianza es el mismo Señor. Es como árbol plantado a la vera de las aguas, que echa sus raíces hacia la corriente y no teme la venida del calor, conserva su follaje verde, no se inquieta en el año de sequía, ni deja de dar fruto.

La cosa más dolorosa y perversa es el corazón, ¿quién podrá conocerlo? Yo, el Señor, que escudriño el corazón y pruebo (o sondeo) los riñones (o interior del hombre) para retribuir a cada cual según su proceder, según el fruto de sus obras (Jer. 17, 5 ss).

- **Maldades de Israel**. Dos maldades ha cometido mi pueblo. Me han abandonado a Mi, fuente de aguas vivas, para excavarse cisternas, cisternas rotas que no pueden retener el agua (2, 13).

Reconoce y advierte cuán malo y amargo es apartarte de Yahvé, tu Dios (2, 19).

¡Qué necio es mi pueblo! No me han conocido; son mis hijos insensatos que no tienen inteligencia; son sabios para hacer el mal, pero el bien no lo saben hacer (4, 22).

Piensa que Dios te ve. «¿Soy Yo Dios sólo de cerca?, dice el Señor ¿No soy también Dios de lejos?

¿Acaso un hombre puede ocultarse en escondrijo alguno, sin que lo vea Yo? ¿No lleno Yo el cielo y la tierra? (Jer. 23, 23-24).

LAMENTACIONES

94. Lamentaciones y oración del profeta

Este libro que la tradición judía y cristiana ha venido atribuyendo al profeta Jeremías, son unos bellísimos cánticos elegiacos sobre las ruinas de Jerusalén.

El profeta trabajó incesantemente por su pueblo al que tanto amaba, para que evitasen las amenazas divinas, y al ver que se apartaban de los mandamientos de Dios, no puede menos de llorar las desgracias que vendrán sobre Jerusalén, la que ya ve saqueada, profanada y quemada.

Lamentacioenes. ¿Cómo ha quedado solitaria la ciudad populosa? Ha quedado como viuda la que era grande entre las naciones... No hay quien la consuele, todos sus amigos la abandonaron...

Los caminos de Sión están de luto, pues no hay quien venga a las solemnidades. Todas sus puertas están en ruinas, gimiendo sus sacerdotes, desoladas sus vírgenes y ella llena de amargura... Ha desaparecido de la hija de Sión toda su gloria (Lam. 1, 1 ss).

¡Cómo el Señor en su ira ha oscurecido a la hija de Sión!... ¿Qué puedo decirte, y a quién te compararé, hija de Jerusa-

lén?... Grande como el mar es tu llaga, ¿quién podrá curarte?... (2, 1 y 13).

¡Cómo se ha oscurecido el oro! ¡Cómo el oro fino perdió su valor! Dispersas están las piedras del Santuario en las esquinas de todas sus calles... Los pequeñuelos piden pan y no hay quien se los reparta (lam. 4).

Oración del profeta. Acuérdate, Yahvé, de lo que nos ha sobrevenido, mira y considera nuestro oprobio. Nuestra herencia ha pasado a manos de extranjeros, y nuestras casas en poder de extraños... Pecaron nuestros padres, que ya no existen... y nosotros llevamos sus culpas...

¡Cayó de nuestra cabeza la diadema! ¡Ay de nosotros, que hemos pecado! Por eso está enfermo nuestro corazón y se han oscurecido nuestros ojos...

Conviértenos a Tí Yahvé, y nos convertiremos. Danos todavía días como los antiguos. ¿Por qué nos has rechazado enteramente, te has irritado contra nosotros hasta el extremo? (Lam. 5).

Notemos que la causa de todos los males y castigos que suelen sobrevenirnos, son nuestros pecados, y por eso bien podemos decir con el mismo profeta Jeremías: *«Reconoce y advierte cuán malo y amargo es apartarte de Yahvé, tu Dios* (Jer. 2, 19).

BARUC

95. Confesión de los pecados e imploración de misericordia

Este pequeño libro fue escrito, al parecer, en la cautividad de Babilonia por Baruc, fiel discípulo y secretario de Jeremías (Jer. 36, 4), para exhortar a penitencia a los cautivos y retraerlos del culto a los ídolos.

La primera parte de Baruc viene a ser una oración del pueblo penitente, o sea, una confesión de los pecados y una plegaria por la liberación.

Al final del libro va una «carta de Jeremías» a los deportados, que es una verdadera sátira contra el culto de los ídolos.

Confesión de los pecados. Así diréis: Del Señor, Dios nuestro, es la justicia, mas de nosotros la confusión y el sonrojo, como está sucediendo en este día a todo Judá y a los moradores de Jerusalén, a nuestros reyes y nuestros príncipes, a nuestros sacerdotes y profetas y a nuestros padres, porque hemos pecado en presencia del Señor, Dios nuestro y no le creímos... ni quisimos escuchar su voz, conforme a todas las palabras de los profetas que nos envió... cometiendo maldades a sus ojos... (1, 15 ss).

Imploración de misericordia. Hemos pecado, hemos obrado impíamente, oh Señor, Dios nuestro, contra todos tus mandamientos. Aléjese de nosotros tu indignación, porque somos pocos los que hemos quedado entre las naciones donde nos dispersaste.

Escuchad, Señor, nuestros ruegos y nuestras súplicas, y líbranos por amor de Ti mismo, y haz que hallemos gracias a los ojos de aquellos que nos han deportado, a fin de que conozca todo el mundo que Tú eres el Señor, Dios nuestro, y que tu Nombre ha sido invocado sobre Israel y sobre su linaje. Vuelve, oh Señor, tus ojos hacia nosotros desde tu santa Casa, inclina tus oídos y escúchanos (Bar. 2, 12-16).

- **Palabras de consuelo**. Ten buen ánimo, oh pueblo de Dios... Fuisteis vendidos a las naciones, pero no para ruina. Por haber provocado la indignación de Dios, por eso fuisteis entregados a los enemigos. Pues irritasteis a Aquel que os

creó, al Dios eterno, ofreciendo sacrificios a los demonios en lugar de Dios...

Tened buen ánimo, hijos míos, clamad al Señor, y Él os librará del poder y de las manos de los príncipes enemigos... Ten confianza, oh Jerusalén, pues te consolará Aquel que te dio su nombre.

He aquí que vuelven tus hijos que tu enviaste dispersos, vienen de Oriente hasta el Occidente, reunidos por la palabra del Santo (= de Yahvé), gozándose en la gloria de Dios (Bar. 4). Partieron de Ti a pie, llevados por los enemigos, pero Dios te los devolverá traídos con honor.

¿Por qué castigó Dios a su pueblo? «Por los pecados que habéis cometido contra Dios, fuisteis llevados cautivos a Babilonia por Nabucodonosor, rey de los babilonios» (Bar. 6, 1). No nos olvidemos de cumplir los mandamientos de Dios para ser felices...

EZEQUIEL

96. ¿Quién fue el profeta Ezequiel?

Este profeta fue deportado el año 597 a.C. a Babilonia con el rey Joaquín. Vivió en la colonia de Tell-Aviv, junto al río Cobar, donde notó sobre él la mano o poder de Dios en una magnífica visión...

Su ministerio o misión, que se dirigía a los deportados, lo desempeñó por espacio de unos veintidos años, no cesando de consolar, exhortar y mover a penitencia a los judíos, a quienes echaba en cara su idolatría y toda clase de pecados.

El argumento del libro es el anuncio, por medio de palabras y de acciones simbólicas, de las amenazas de Dios contra Judá y contra diversos pueblos gentiles, y de las prome-

sas de una restauración final del pueblo de Dios, al que sacará de entre los paises en que se halla disperso.

La restauración que tuvieron los judíos al regresar de Babilonia fue muy pobre y precaria, mas ésta que señala el profeta mira al fin de los tiempos.

- **Misión de Ezequiel.** Este profeta tuvo una visión majestuosa muy parecida a la de Isaías, y en ella recibe su misión profética. Esto ocurría en el año 597 antes de Cristo.

Aquí Dios llama al profeta «hijo del hombre», para recordarle su fragilidad, como dice San Jerónimo; mas también se nos presenta aquí como figura profética del Mesías, Jesucristo, el Hijo del hombre por excelencia, por cuanto como hombre había de aparecer entre los hombres para adoctrinales. La expresión se repite 84 veces en Ezequiel y una vez en Daniel (8, 17).

En Daniel (7, 13), en cambio se entiende por el «Hijo del hombre», lo mismo que en los 79 pasajes del Evangelio donde aparece este término, un ser sobrehumano, el hombre por excelencia, el Mesías, al cual Dios entrega el poder y la dominación eterna.

Responsabilidad del profeta. Las palabras que dirige el Señor a Ezequiel deben tenerlas muy presentes los que están al frente de los pueblos, de las diócesis o comunidades, sean sacerdotes u obispos y cuantos tienen cargo de gobierno.

Al cabo de los siete días recibí del Señor esta palabra:

«Hijo de hombre», Yo te pongo por atalaya de la casa de Israel; oirás de mi boca la palabra y les amonestarás de mi parte.

Si Yo digo al impío: de seguro morirás, y tu no le previenes ni hablares para amonestar al impío que se aparte de su perverso camino y viva, ese impío morirá en su iniquidad; mas Yo demandaré de tu mano su sangre. Pero si tu amonestares al impío y éste no se convierte de su maldad y su perverso camino, él morirá en su iniquidad, mas tú habrás salvado tu alma.

Y cuando un justo se aparte de su justicia cometiendo iniquidad, y Yo le pusiere un tropiezo delante y él muriere porque tú no le amonestaste, en su pecado morirá y no serán recordadas sus obras buenas que hizo, y Yo demandaré su sangre de tu mano. Pero si tú amonestares al justo, para

que no peque, y el justo, en efecto, no pecare más, de seguro vivirá porque se dejó amonestar, y tu habrás salvado tu alma (3, 16 ss).

Cada uno es responsable de su pecado (Ez. 18).

El Señor dice: He aquí que todas las almas son mías; mías son el alma del padre, como el alma del hijo; mas el alma que pecaré, ésa morirá. Si un hombre es justo y vive según derecho y justicia; si no mancha la mujer de su prójimo (con su impureza); si no oprime a nadie y devuelve al deudor la prenda; si no roba nada; si parte su pan con el hambriento y cubre al desnudo con vestido; si no presta a usura ni acepta interés; si retira su mano de lo que es malo y juzga entre hombres y hombre según la verdad; si sigue mis preceptos y guarda mis juicios para obrar rectamente; ese tal es justo, ése vivirá, dice el Señor.

El alma que pecare, esa morirá. El hijo no pagará la iniquidad del padre, ni el padre la iniquidad del hijo, la justicia del justo sobre este mismo recaerá, y la iniquidad del inicuo caerá sobre él mismo.

Si el malo se convierte de todos sus pecados cometidos y guarda todos mis preceptos y obra según derecho y justicia, ciertamente vivirá, no morirá. No le será imputado ninguno de los pecados que haya cometido. A causa de la justicia que ha obrado, vivirá. ¿Acaso quiero Yo la muerte del impío? dice el Señor. ¿No quiero más bien que vuelva de sus caminos y viva?.

Pero cuando el justo se desviare de su justicia cometiendo iniquidad e imitando todas las abominaciones del impío, ¿acaso vivirá? Ninguna de las justicias que ha hecho le será imputada. Por la prevaricación en que ha caído, por el pecado que ha cometido, por ellos morirá.

Si el justo se desvía de su justicia y obra la maldad, y muere a causa de ellos, muere por la maldad que ha cometido. Asimismo, si el impío se convierte de su maldad que ha hecho y obra según derecho y justicia, conserva la vida de su alma…, de seguro vivirá, no morirá.

Convertíos y apartaos de todos vuestros pecados que habéis cometido y formaos un corazón nuevo y un nuevo espí-

ritu, pues ¿por qué queréis morir?. Porque yo no quiero la muerte del que muere, dice el Señor.

¡Convertíos y viviréis! «No quiero la muerte del impío, sino que se convierta y viva» (33, 11).

- Valor de la santidad de vida y del espíritu de oración

Los vicios de Israel y sus crímenes eran grandes... El Señor deseaba hallar almas santas y al no hallarlas se queja por no poder dar curso a su misericordia.

«Busqué entre ellos un varón que construyen un vallado y que se pusiese en la brecha frente a Mi, en favor de la tierra, a fin de que yo no la devastase, mas no la hallé. Por eso derramé sobre ellos (mis castigos)...

97. Retorno y restauración de Israel

Todos los profetas concuerdan en hablarnos de un retorno definitivo de todas las tribus de Israel y de Judá a su patria de origen formando una sola nación: Israel «de la cual no volverán a ser arrancados jamás».

«Así dice Yahvé, el Señor: No por vosotros hago esto, oh casa de Israel, sino por mi santo Nombre, al que vosotros habéis profanado entre las naciones adonde llegasteis... Pues Yo os sacaré de entre los gentiles, os sacaré de todos los paises y os llevaré a vuestra propia tierra... Os daré un corazón nuevo y pondré en vosotros un espíritu nuevo... Infundiré mi Espíritu en vuestro corazón y haré que sigáis mis mandamientos... Y habitaréis en la tierra que Yo di a vuestros padres; y vosotros seréis el pueblo mío, y Yo seré vuestro Dios (Ez. 36).

Visión de los huesos áridos (Ez. 37).

Durante su largo destierro, los israelitas, deportados de Babilonia, se dejaban llevar del desaliento. Ellos venían a decir: *«Nosotros somos un pueblo muerto*, estamos como supultados en medio de los paganos. Los judíos son como esqueletos sin vida, cuyas sepulturas son los pueblos entre los que están dispersados...

«Viene sobre mi la mano del Señor (yo entré en éxtasis). El Señor me sacó fuera en espíritu y me colocó en medio de la llanura, la cual estaba llena de huesos. Y me

hizo pasar junto a ellos, todo en torno; y he aquí que eran numerosísimos. Estaban tendidos sobre la superficie de la llanura y secos en extremo. Y me dijo: *«Hijo de hombre, ¿Acaso volverán a tener vida estos huesos?. Yo respondí: Yahvé, Señor, tu lo sabes».*

Entonces me dijo: Profetiza sobre estos huesos y diles: ¡Huesos áridos, oíd la palabra del Señor. Así dice el Señor a estos huesos: Yo os infundiré espíritu y viviréis. Os recubriré de nervios, haré crecer carne sobre vosotros, os revestiré de piel y os infundiré espíritu para que viváis; y conoceréis que Yo soy el Señor.

Profeticé, pues, como se me había mandado, y mientras yo profetizaba he aquí que hubo un ruido tumultoso y juntáronse los huesos, cada hueso con su hueso correspondiente... y entró en ellos el espíritu y vivieron y se pusieron en pie formando un ejército sumamente grande.

Entonces me dijo: *«Hijo de hombre, estos huesos son toda la casa de Israel».* Mira cómo dicen: *«Se han secado nuestros huesos y ha perecido nuestra esperanza, estamos completamente perdidos».* Por eso profetiza y diles: Así dice Yahvé, el Señor: He aquí que abriré vuestros sepulcros y os sacaré de vuestra tumbas, oh pueblo mío, y os llevaré a la tierra de Israel. Y al abrir Yo vuestros sepulcros y al sacaros de vuestras tumbas, conoceréis, oh pueblo mío, que Yo soy el Señor.

E infundiré en vosotros mi espíritu y viviréis, y os daré reposo e vuestra tierra; y conoceréis que Yo el Señor lo he dicho, y Yo lo hago, dice el Señor. Esta es una profecía que está cumpliéndose en nuestros días.

Dios conoce el porvenir de los pueblos y de cada uno de nosotros, y para que tengamos un fin feliz, obremos conforme a sus mandamientos.

DANIEL

98. ¿Quién es el profeta Daniel?

Daniel era de la tribu de Judá y fue trasladado con otros jóvenes nobles a Babilonia por Nabucodonosor en el tercer año de Joaquín, rey de Judá (a. 605 a. C.). Fue educado en la corte real. El espíritu de Dios estaba con él. Muy jovencito defendió a la casta Susana, y por sus habilidades en interpretar sueños fue elevado al puesto de más alta autoridad en el imperio babilónico; permaneció en el poder bajo el reinado de Darío y vivió al menos hasta el tercer año de Ciro (a. 536), pues su última visión data de este año.

La finalidad del libro es hacer ver cómo el Dios de Daniel, el Dios del pueblo de Israel es el verdadero, y como tal, superior a todos los dioses paganos. En él hay profecías y hechos notables.

- **El Hijo del hombre** (Dn. 7, 13-14).

Jesucristo hizo varias alusiones a este texto, y Él mismo se designó con esta expresión: «Hijo del Hombre», lo que quiere decir «como hombre» (Dn. 3, 13); (Mt. 26, 64).

«Hijo del Hombre» o «el Hombre» es el título del Mesías, pues como hombre modelo y ejemplar, siendo Dios, aparecería en la tierra.

En el «Hijo del Hombre» los judíos ya veían al Mesías, al Salvador esperado. Jesús no se designa solamente como «Hijo del Hombre», sino como «el Hijo del Hombre», el hombre por excelencia, el Dios hecho hombre por salvar a los hombres.

- **Daniel salva la vida a la casta Susana** (Dn. 13)

Entre los cautivos de Babilonia había un hombre muy rico llamado Joaquín, en cuya casa solían reunirse los demás israelitas desterrados. Entre ellos se encontraban dos ancianos, a quienes sus compatriotas, por creerles recomendables, les confiaron al cargo de jueces.

La mujer de Joaquín, por nombre Susana (nombre hebreo, que significa «azucena»); era notable por sus hermosura, pero más aún por su virtud y costumbres irreprochables. Hacia el mediodía tenía la costumbre de pasear por el jardín de su casa y bañarse; pero un día los dos jueces, que eran, en realidad, hombres indignos del aprecio en que se

les tenía, se escondieron en el jardín con intención de inducir a Susana a hacer el mal, y cuando la vieron sola, por haberse retirado las criadas, se acercaron a ella, y con el mayor descaro le manifestaron su vergonzosa pasión.

Como los rechazase indignada, recurrieron a las amenazas para rendirla. Si no consientes -le dijeron- testificaremos que te hemos sorprendido a solas con un joven.

Susana contestó: *«Prefiero morir inocente, a pecar en la presencia del Señor»* (Dn. 13, 23).

Dicho esto, lanzó un grito pidiendo socorro. Entonces los infames viejos, viéndose perdidos, levantaron gran clamoreo contra ella. La servidumbre llegó apresuradamente, que quedaron confusos y avergonzados que se pudieran acusar de pecado a su virtuosa señora.

Al día siguiente, Susana es conducida ante el tribunal. Los ancianos renovaron solemnemente su acusación. Se creyó en su palabra por respeto a sus canas y autoridad, y Susana fue condenada a muerte. Ella exclamó entonces en alta voz:

«Oh Dios eterno, que conoces las cosas ocultas, que sabes todas las cosas aun antes de que sucedan. Tu sabes que estos han levantado falso testimonio contra mi. Tu sabes que soy inocente» (Dn. 13, 42-43).

El Señor escuchó su oración. Cuando ya iban llevando a Susana al suplicio, Daniel inspirado por Dios, sale a su defensa exclamando: «Inocente soy yo de la sangre de ésta». Y volviéndose hacia él toda la gente, le dijeron: ¿Qué es lo que dices?. Tan insensatos sois hijos de Israel, que sin examinar y conocer la verdad, condenáis a una hija de Israel. Volved al tribunal, porque éstos han dado falso testimonio contra ella. (13, 45-49).

Y todo el pueblo a gran prisa se volvió. El mismo Daniel separó a los dos ancianos, uno del otro, y juzgados los halló en contradicción, y al contradecirse, probaban la falsedad de su acusaciones, y así se salvó providencialmente Susana.

El pueblo de Dios gracias a Dios, comprendiendo como libra al inocente cuando pone en El toda su confianza. Los dos ancianos fueron apedreados, y Daniel con una gran reputación de sabiduría.

Saquemos la consecuencia de que «nunca hay que sentenciar sin oír antes las dos partes», y el que sea inocente que recurra a Dios y será atendida su oración.

99. Los tres jóvenes en el horno de Babilonia

Nabucodonosor, en su desmedido orgullo, mandó construir una gigantesca estatua de oro, de treinta metros de altura. Convocó para su inauguración a todos los dignatarios de Caldea, y publicó por un heraldo un decreto que decía:

«En el momento en que oigáis el sonido de la trompeta, de la flauta y otros instrumentos de música, postraos para adorar la estatua de oro. Cualquiera que se negare a postrarse para adorarla, será arrojado inmediatamente al horno de fuego. Por tanto todos los pueblos y gentes a tal señal adorarán la estatua de oro» (Dn. 3, 4-7).

Daniel estaba entonces ausente, pues no se hace mención de él en este episodio; pero sus tres amigos rehusaron enérgicamente practicar este acto de idolatría.

Los caldeos, envidiosos de la distinción con que el rey los había honrado, fueron a denunciarlos. Nabucodonosor los mandó llamar, y exigió de ellos que obedecieran a sus órdenes; pero ellos dieron esta noble respuesta a sus amenazas:

«Ellos dijeron: *Nuestro Dios puede salvarnos. Pero, oh rey, nosotros no serviremos a tus dioses, ni nos postraremos ante la estatua que has alzado*» (3, 17-18).

Lleno entonces de ira Nabucodonosor, demudado el rostro contra Ananías, Misael y Azarías (=Sidraj, Misaj y Abel-Nego), ordenó que se calentase el horno siete veces más de lo ordinario y que los arrojasen en él.

Mas fueron salvados milagrosamente, porque andaban dentro del horno alabando y bendiciendo a Dios. Un ángel del Señor había bajado al horno y reprimido la violencia de las llamas, haciéndolas salir fuera del horno, de suerte que los ejecutores de la sentencia del rey fueron abrasados, mientras que en el interior del horno se sentía, por el contrario, un fresco semejante a la brisa de la tarde.

El fuego no llegó a tocar a ninguno de los jovenes en lo más mínimo, sólo consumió las cuerdas con que estaban atados.

Entonces con voz sonora cantaron un hermoso cántico el cual es una invitación elocuente a todas las criaturas del cielo y de la tierra para alabar si fin a su Creador Todopoderoso.

«Bendecid al Señor, obras del Señor, cantadle y alabadle por los siglos. Angeles del Señor, bendecidle. Cielos, sol y luna y estrellas del firmamento, fuego y calor, hielo y nieves bendecid al Señor…»

Al tener Nabucodonosor noticia de este prodigio, vino él mismo a verlo quedando extrañado al contemplar en el horno a cuatro jóvenes en vez de tres, el cuarto era el ángel tutelar enviado por Dios.

«Salid, les dijo, y venid». Salieron del horno, presentándose a él sanos y salvos, y no pudo menos de bendecir al Señor y decir a todos que «no hay Dios alguno que como Él pueda librar». Luego el rey engrandeció a los tres jóvenes en la provincia de Babilonia.

Daniel en el lago de los leones

Daniel pasó más tarde por una gran prueba. Conquistada la Caldea, puso Ciro en el trono de Babilonia a **Darío el Medo,** y éste reconociendo muy pronto la mucha sabiduría , prudencia y rectitud de Daniel, lo puso por príncipe o magistrado supremo, bajo cuyo mando estaban los gobernadores de diversas provincias, y éstos se conjuraron para quitarle el poderío, sabiendo que adoraba a Yahvé, su Dios, y no al rey, lograron del rey un edicto, según el cual, cualquiera que dirigiese oraciones a alguna divinidad que no fuera al rey, autoridad suprema, sería arrojado al lago de los leones.

Poco después fue enunciado Daniel al rey, y éste bien a pesar suyo, se vio obligado a condenar a su más fiel ministro, porque la Constitución de los medos era irrevocable.

Daniel fue arrojado al lago de los leones. Daniel le dijo, al separarse de él: *«El Dios que adoras quiera salvarte». Una* vez encerrado en el foso o lago de los leones, sellaron bien la entrada. Al día siguiente se acercó el rey y dijo: «¿ha podido librarte tu Dios?. Daniel contestó: *«Mi Dios ha enviado un ángel y cerrado la boca a los leones»* (6, 23).

Luego Darío mandó arrojar en el foso a los que habían denunciado a Daniel y todos fueron despedazados por los leones, y luego dijo:

«Temed y adorad todos al Dios de Daniel».

100. La visión de la estatua (Cap. 3)

Este episodio del sueño del rey Nabucodonosor hace alusión a los grandes imperios: los babilonios, los medos, los persas, los griegos y los romanos, que se han sucedido y derrumbado uno tras otro por la mano de Dios. La piedra que ha pulverizado la estatua simboliza el reino de Dios.

«El año segundo del reinado de Nabucodonosor, tuvo este rey unos sueños; y turbóse su espíritu de modo que no pudo dormir. Mandó el rey llamar a los magos, los adivinos, los encantadores y los caldeos, para que le manifestasen sus sueños. Llegaron, pues, y se presentaron delante del rey, y éste les dijo:

«He tenido un sueño y mi espíritu está pertubado hasta que entienda el sueño». Respondieron entonces los caldeos al rey en siriaco: «¡Vive para siempre, oh rey! Manifiesta el sueño a tus siervos, y te daremos la interpretación.

Respondieron los caldeos ante el rey y dijeron: «No hay hombre sobre la tierra que pueda indicar lo que el rey exige; como tampoco jamás rey alguno por grande y poderoso que fuese, pidió cosa semejante a ningún mago, adivino o caldeo. La cosa que pide el rey es difícil y no hay quien pueda indicarla al rey, salvo los dioses que no moran entre los mortales.

Con esto el rey se enfureció, y llenándose de grandísima ira mandó quitar la vida a todos los sabios de Babilonia.

Daniel revela al rey el sueño. Entonces Arioc llevó apresuradamente a Daniel a la presencia del rey, a quien dijo así: «He hallado un hombre de los cautivos de Judá, que dará a conocer al rey la interpretación.

Tomó el rey la palabra y dijo a Daniel, cuyo nombre era Baltasar: *¿Eres tú capaz de hacerme conocer el sueño que he visto y su interpretación?». Respondió Daniel ante el rey y dijo: «El secreto (cuya interpretación) pide el rey, no se lo pueden manifestar los sabios, ni los adivinos, ni los magos, ni los astrólogos. Pero hay un Dios en el cielo que revela los secretos y que da a conocer al rey Nabucodonosor lo que ha de suceder al fin de los días.* He aquí tu sueño y las visiones que ha tenido tu cabeza en tu cama:

Tú, oh rey, estando en tu cama, pensabas en lo que sucedería después de estos (tiempos), y El que revela los secre-

tos te hizo saber lo que ha de venir, y a mi ha sido descubierto este secreto, no porque haya en mi más sabiduría que en todos los vivientes, sino a fin de que se dé a conocer al rey la interpretación y para que conozcas los sentimientos de tu corazón.

Tú, oh rey, estabas mirando, y veías una gran estatua. Esta estatua era inmensa y de un esplendor extraordinario. Erguíase frente a ti, y su aspecto era espantoso. La cabeza de esta estatua era de oro fino, su pecho y sus brazos de plata; su vientre y sus caderas de bronce; sus piernas de hierro; sus pies en parte de hierro y en parte de barro.

Mientras estabas tú mirando, se desgajó una piedra -no desprendida por mano de hombre- e hirió la imagen en los pies, que eran de hierro, y de barro, y los destrozó. Entonces fueron destrozados al mismo tiempo, el barro, el bronce, la plata y el oro, y fueron como el tamo de la era en verano. Se los llevó el viento; pero la piedra que hirió a la estatua se hizo una gran montaña y llenó toda la tierra.

- La interpretación del sueño por Daniel. «Este es el sueño; y (ahora) le daremos al rey la interpretación: Tú, oh rey, eres rey de reyes, a quien el Dios del cielo ha dado el imperio, el poder, la fuerza y la gloria. Donde quiera que habiten los hijos de los hombres, las bestias del campo y las aves del cielo, Él los ha puesto en tu mano, y a ti te ha hecho señor de todos ellos. Tu eres la cabeza de oro.

Después de ti se levantará otro reino inferior a ti; y otro tercer reino de bronce, que dominará sobre la tierra. Luego habrá un cuarto reino fuerte como el hierro. Del mismo modo que el hierro todo lo destroza y rompe, y como el hierro todo lo desmenuza, así él desmenuzará y quebrantará todas estas cosas.

Si tu viste que los pies y los dedos eran en parte de barro de alfarero y en parte de hierro, (esto significa) que el reino será dividido. Habrá en él algo del hierro, según viste en el hierro mezclado con barro de lodo. Los dedos de los pies eran en parte de hierro, y en parte de barro (esto significa) que el reino será en parte fuerte, en parte endeble. Así como viste el hierro mezclado con barro, así se mezclarán por medio de simiente humana; pero no se pegarán unos con otros, así como el hierro no puede ligarse con el barro.